

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

SEGURO DE MUERTE



SEGURO DE MUERTE

Bolsilibros - S.I.P. (Spacial International Police). N.º 14

ALAN NORTON, detective de turno en la Central Marciana de Policía, bebió un poco de café, cómodamente arrellanado en su sillón lanzando después una distraída mirada al gran plano de la ciudad, que ocupaba casi la totalidad de la pared que había frente a él.

Sus ojos recorrieron, con el hábito de conocerlo todo, las amplias avenidas de Space City, distrayéndose un poco en imaginar lo que a aquella hora, las dos de la madrugada, podía pasar en ellas. No tenía gran dificultad en Imaginarlo.

Una gran ciudad es siempre igual a otra, no importa el sitio en que se encuentre. Y los que desde la Tierra soñaban con un viaje a Marte, creyendo que Space City era algo diferente, torcerían el gesto si pudiesen trasladarse allí.

Indudablemente, la diferencia no existía más que en la imaginación de los hombres.

Borrachos, como en cualquier otro sitio. Esto es, borrachos que deambulaban ahora con paso incierto, al abandonar los locales de diversión donde habían bebido, bailado y reído con unos espectáculos que bien podían haber visto en París, Londres, Roma o Nueva York.

Mujeres elegantes, coches lujosísimos: los mismos tipos y las mismas cosas de siempre.

©1959, W. Sampas

©1959, Toray

Colección: Spacial International Police

UUID: a284cb57-4e5e-4cc8-b956-10f41c92fa15

Generado con: QualityEbook v0.84

EL SECRETO DEL



SEGURO DE MUERTE

por

W. SAMPAS



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Orne, 51-63

B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1959

Depósito legal: B. 3.164 - 1960

Número de Registro: 1.232 - 1960

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.— Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona

**SEGURO
DE
MUERTE**



Capítulo



LAN NORTON, detective de turno en la Central Marciana de Policía, bebió un poco de café, cómodamente arrellanado en su sillón lanzando después una distraída mirada al gran plano de la ciudad, que ocupaba casi la totalidad de la pared que había frente a él.

SUS ojos recorrieron, con el hábito de conocerlo todo, las amplias avenidas de Space City, distrayéndose un poco en imaginar lo que a aquella hora, las dos de la madrugada, podía pasar en ellas. No tenía gran dificultad en Imaginarlo.

Una gran ciudad es siempre igual a otra, no importa el sitio en que se encuentre. Y los que desde la Tierra soñaban con un viaje a Marte, creyendo que Space City era algo diferente, torcerían el gesto si pudiesen trasladarse allí.

Indudablemente, la diferencia no existía más que en la imaginación de los hombres.

Borrachos, como en cualquier otro sitio. Esto es, borrachos que deambulaban ahora con paso incierto, al abandonar los locales de diversión donde habían bebido, bailado y reído con unos espectáculos que bien podían haber visto en París, Londres, Roma o Nueva York.

Mujeres elegantes, coches lujosísimos: los mismos tipos y las mismas cosas de siempre.

Para un policía, aunque viva en Marte, la vida y los humanos no se alejan mucho de esa identidad universal que tiene el hombre en cualquier parte. Y en una ciudad, esa identidad se acusa mucho mejor que en cualquier otra parte ya que, querámoslo o no, todas ellas se parecen.

Sonrió pensando que el trabajo, como todas las noches, se reduciría a los mismos escándalos de siempre, a las mismas quejas de robos, a las mismas querellas, sin que nunca pasase la sangre del río, como se dice vulgarmente.

Claro que en Space City había habido casos interesantes y luchas duras entre los hombres que defienden la ley y los que intentan burlarse de ella; pero toda eso pertenecía a un pasado lejano y Alan estaba plenamente convencido de que la gente se iba normalizando, pasados los primeros tiempos difíciles.

—Sí —se dijo, en voz alta—. Space City, como cualquier otra ciudad, tiene sus problemas, pero la gente termina por adocenarse, Encendió un cigarrillo.

Deseaba que aquella noche fuese lo más tranquila posible, ya que la anterior no durmió mucho. Había llevado a su esposa al teatro, y esperaba poder dar unas cabezaditas allí, en el despacho, para recuperar un poco el sueño atrasado que le vencía.

Desde luego, el que el Superintendente Smiler hubiese establecido aquel riguroso turno, nocturno, cada tres noches, era excesivo, sobre todo cuando debía trabajarse normalmente durante la jornada que seguía a la guardia, ya que el número de detectives-inspectores era muy reducido.

Norton pensó en las ansiadas vacaciones, un mes por año, que les permitirían a su esposa y a él echar un vistazo a la vieja Tierra y pasar un par de semanas lejos de todo lo que se relacionase con Marte. Claro que, si las cosas se pasaban como la vez pasada, no iba a ser tan fácil, ya que amigos y familiares, desde, que llegaron a la Tierra, no habían dejado de interrogarles acerca de la vida en el planeta rojo, influidos, por aquellos libros de fantasía que seguían pintando los mundos del Sistema como nidos de monstruos y trastos.

Parecía mentira que los autores tuviesen tan poca imaginación. Muchas de sus predicciones, la mayor parte de ellas, se habían venido estrepitosamente abajo. La colonización de Marte y Venus y las patrullas internacionales que estaban instaladas en los satélites de Júpiter debían haber convencido a todo el mundo que en el interior del

Sistema solar y, hasta el momento, no había más criatura inteligente que el hombre.

Pero los propietarios de las grandes editoriales del mundo y los directores de las firmas cinematográficas seguían pidiendo a grandes gritos novelas y guiones en que marcianos, venusianos y jovianos tuviesen aspecto terrorífico y produjesen aquel escalofrío de pavor que estremecía a los montones de estúpidos que leían o contemplaban tan inverosímiles secuencias.

Claro que los autores se aprovechaban de que aún había amplias zonas en los planetas conocidos que no habían sido visitadas. Y colocaban allí a sus criaturas de pesadilla, seguros de que nadie iba a llevarles la contraria.

Esta vez, sin embargo, cuando su mujer y él llegasen a la Tierra, no volverían a cometer el error de la vez anterior e irían a cualquier parte, donde nadie les conociese y supiese su lugar de procedencia.

Apagando el cigarrillo, cuya colilla aplastó cuidadosamente en el cenicero, se dispuso a cerrar los ojos, dejándose llevar por esa dulce corriente de cansancio que le invadía.

Fue entonces cuando el agente Smith llamó a la puerta.

Sobresaltándose —ya había empezado a penetrar en la región preferida de sus sueños—, el detective inspector Norton se despabiló en un santiamén, colocándose el nudo de la corbata y tomando una actitud más digna.

—¡Pase!

Entró Smith.

Era un hombre rechoncho, un policía de personalidad borrosa, sin nada que le hiciese destacar de los mil doscientos que había en Space City. Mil doscientos agentes, sin contar los de tráfico y control de Aduana en el espaciódromo, para una población de trescientos mil habitantes.

—¿Qué hay?

—Una señora, señor.

—Hágala pasar.

—En seguida.

El agente desapareció, regresando instantes después para dejar paso a una mujer, que penetró en el despacho. Luego cerró la puerta.

Alan se puso en pie.

Hizo un gesto y señaló uno de los cómodos sillones que había allí. La mujer, cuya hermosura y elegancia habían despertado el interés del

detective, sonrió, con una cierta tristeza, y se sentó donde el policía le había indicado.

Parecía nerviosa, pero sólo se le notaba en los movimientos de sus dedos finos que jugueteaban entre ellos. Norton se fijó en las uñas bien manicuradas, en el esmalte fosforescente tan en boga y en la sortija que brillaba en el dedo anular izquierdo.

Luego, contemplando el rostro de la mujer, se dio cuenta de que habla algo en él que recordaba, aunque no pudo precisar qué. No cabía duda, de todos modos, de que era una gran dama.

Sin dejar de observarla, le ofreció un cigarrillo, notando el temblor de sus dedos al sujetarlo; pero, poco después, tras las dos primeras bocanadas, ella pareció recuperar el control de su persona.

Norton inquirió:

—Usted dirá, señora...

—Soy Gay Fonderson, inspector.

¡Claro que aquel rostro le recordaba algo!

Como si una máquina de cine proyectase en su mente imágenes que recordaba ahora perfectamente, Alan volvió a ver las páginas de las revistas más importantes y la pantalla multicolor de la Televisión donde, quince días antes, había aparecido aquel bello rostro, comunicando al mundo que el banquero Fonderson —mil doscientos millones de dólares y sucursales en tres planetas: así rezaban los prospectos de sus Bancos— habla contraído matrimonio, a los cincuenta y tres años de edad, con una hermosa señorita de la que se había enamorado como un colegial.

—¿Ha ocurrido algo grave, señora Fonderson?

Ella se mordió ligeramente los labios. El carmín, también fluorescente, dibujaba una línea audaz que hacía resaltar el contorno de una boca perfecta.

—He extraviado mi bolso, inspector.

Norton esbozó una sonrisa. Por un momento había creído en algo más grave.

Pero la mujer, que debía interpretar correctamente el gesto del inspector, dijo:

—En el bolso había, una diadema, que me quité hace un rato, y que mi marido me regaló hace un par de semanas.

—¿Mucho valor?

Ella hizo un gesto, como si lo económico no tuviese ninguna importancia.

—No es eso, inspector, sino le que esa joya significa para mi esposo y para mí.

—Comprendo. ¿Tiene la amabilidad de sentarme cómo ha sido?

—No lo sé —se cambió de postura, aplastando el cigarrillo sobre el cenicero—. Salí, con unos amigos, a eso de las nueve. Lewis sabía que estaba invitada a una fiesta y se alegró que pudiese distraerme mientras él iba a la ciudad satélite Este, donde tenía unos asuntos urgentes que solventar.

—Estuvimos cenando en el «Cosmos»; después fuimos a bailar al «Astronave». Yo llevaba la diadema, pero después, ya que hacía muchísimo calor, me la quité, y la guardé en el bolso.

—¿La tenía al salir del «Astronave»?

—Supongo que sí, porque también tenía el bolso. Verá, inspector: salí con un amigo de mi esposo, me refiero a Carlo Stromboli.

—Ya, el importador de coches.

—Sí, el mismo. Ya habrá oído usted que va a casarse dentro de un par de días. Nos acompañaba su prometida y dimos una vuelta por la pista circular. Carlo quería llevarnos en su autogiro nuevo, pero estábamos un poco cansadas y no quisimos abandonar la comodidad del coche.

Alan asintió.

Había oído hablar mucho de Carlo Stromboli, de su fabulosa fortuna y, sobre todo, del vehículo que se había mandado construir especialmente en Inglaterra y que era una verdadera maravilla, dotado con todo lo concebible.

—Fue un poco más tarde —prosiguió diciendo la mujer— cuando noté que no tenía el bolso. Miramos todo el coche, pero no le hallamos en parte alguna. Carlo deseaba acompañarme hasta aquí para hablar personalmente con usted, pero yo no quise que Greta llegase demasiado tarde a casa y logré convencerles de que me dejaran delante de la puerta de la Brigada Central. Eso es todo, inspector.

—Bien. De lo que me ha contado, resulta, si no me equivoco, que usted perdió el bolso entre la salida del «Astronave» y el paseo que dio con el señor Stromboli. ¿No es así?

—Eso creo.

—¿Subieron al coche al salir del local?

—Sí. Carlo lo tenía aparcado en el jardín del «Astronave».

—Comprendo.

—Yo creo que se pudo caer por allí, aunque no lo recuerdo con

exactitud.

—¿Volvieron allí después?

—¡Naturalmente! El «maître» nos acompañó por todas partes, registrándolo todo. Estaba muy afectado.

—Es natural.

Y como ella no dijese nada, el inspector preguntó:

—¿Cuándo vuelve su esposo?

—Me dijo que pasaría un par de horas en la ciudad satélite Este —su voz tomó un tono implorante—. Yo desearía, señor inspector, que la diadema apareciese antes de que Lewis se enterase.

—Haremos todo lo posible, señora. Esta misma noche enviaré una patrulla, al mando del inspector Morrison, para hacer una investigación a fondo.

—Les Quedaré eternamente agradecida, inspector.

—No se preocupe.

Se levantó, acompañándola hasta la puerta.

—¿Necesita un coche, señora?

—No. Hay una parada de taxis aquí cerca. Muchas gracias.

—A sus pies.

Una vez hubo cerrado la puerta, Alan volvió a su mesa, sentándose y echando una ojeada a las notas que había tomado de lo que la mujer acababa de decirle.

Un asunto corriente.

Pero, de todos modos, el que aquel bolso perteneciese a Gay Fonderson iba a hacer que tuviesen que movilizarse muchos resortes —que en un caso corriente no se hubieran movido—, ya que el banquero era un personaje de primerísima importancia.

«Seguro —pensó— que con lo que vale esa diadema podríamos, Helen y yo, pasar unas maravillosas vacaciones...».

Encogiéndose de hombros, alejó todas aquellas ideas de su mente, ordenando las que le imponía su deber. Momentos más tarde, por visófono, se ponía en relación con Harry Morrison, que dormía, como «reserva», en el piso superior.

El rostro adormilado de su amigo apareció en la pantalla.

—¿Qué ocurre? —inquirió, con voz nublada.

—Baja, Harry. Hay trabajo.

—Ahora voy. ¡Casualidad que uno pudiese dormir tranquilo una noche!

Tardó menos de cinco minutos en entrar en el despacho. Llevaba un vaso de café puro en la mano.

Se dejó caer en un sillón y mirando a Alan con los ojos entornados dijo:

—Ya puedes empezar. Te escucho.

Norton le explicó lo ocurrido y el otro no le interrumpió hasta el final.

—¡Maldita sea! Ya me imaginaba que iba a ser algo por el estilo. Esas damitas de la alta sociedad podían dormir como todo hijo de vecino.

—No digas eso. Sabes que recibirás un premio en metálico si encuentras la diadema.

—¡Pueden guardarse sus dólares, yo no los necesito! ¿Té parece bonito tener que movilizar una docena de hombres para satisfacer el olvido de una estúpida que en vez de esperar a su marido haciendo calceta, se va a bailar y divertirse?

—¿Es la envidia la que te ha vuelto tan mojigato?

—¡Vete a paseo! No es la envidia, sino las ganas de dormir. Smiles nos está volviendo locos con estas guardias. Yo comprendo que nuestro querido Superintendente desee presentar la Brigada Marciana como algo excepcional, cuando ese Callowan venga de visita.

—Cosa que ocurrirá muy pronto.

—¿Y a mí qué? Que el jefe de la Policía Internacional del Espacio realice una inspección en Marte no es para, matar de sueño a los componentes de la Brigada. He oído hablar de Callowan y sé que es un hombre al que no le importan estos estúpidos detalles. ¡Cuánto me hubiera gustado trabajar a sus órdenes! Seguro que si se presenta una damita, como te ha ocurrido a ti esta noche, la envía a dormir con una buena bronca!

—La SIP no es la Brigada, amigo mío.

—¡Por suerte para ellos!

Norton sonrió.

—Si tanto te gusta Callowan, ¿por qué no le dices que quieres ingresar en su organización cuando venga?

—No te rías, polizonte; no vayas a creer que no lo he pensado.

—¿Y crees que te admitirán?

—¿Por qué no? Soy joven, no estoy enfermo ni casado, «anormalidades» que Callowan no soporta...

—¡Alto ahí! Te prohíbo calificar el matrimonio como una anormalidad.

—¿De veras? ¡Pero si no hay más que mirarte la cara! Desde que te casaste, has perdido el color, el buen humor y hasta las ganas de trabajar. Antes eras un buen policía; ahora, mi pobre Norton, te has convertido en un orondo inspector, pendiente de asegurar a las damitas que te visitan de que las diademas perdidas aparecerán, seguro, antes de que se entere el afligido marido.

—¿Qué hubieses hecho en mi lugar?

—¡Presentar la dimisión!

Alan no dijo nada, limitándose a morderse los labios. Harry encendió un cigarrillo.

—Ya veo que no habrá más remedio que buscar esa diadema. Como en los cuentos de hadas —ahucó la voz—: «Entonces, el Príncipe Encantador, acercándose a la dama en sus sueños, le mostró la diadema que había arrancado, tras desigual combate, al ogro horrible, cuyo castillo estaba guardado por los colosales dragones...».

—¡Déjate de bobadas y ponte a trabajar!

—Ahora mismo. Pero antes, «cher ami», querría hacerte una pregunta.

—Venga.

—¿Por qué no has esperado un par de horas más y le hubieses endosado el asunto a Emil, por ejemplo? Dongth es un hombre que parece hecho a medida para estos casos. Posee un espíritu lo bastante rutinario como para interrogar a todas las damas y caballeros que pasaron esta noche por el «Astronave», le encanta hablar con los camareros, con las chicas del guardarropa, con los muchachos de la orquesta. Es un detective clásico, de esos de novela que se pasan ciento ochenta páginas interrogando a la servidumbre y mirando con desconfianza al mayordomo, que acaba fatalmente siendo el autor del crimen.

»Yo no soy así, ya lo sabes. A mí me gustan los crímenes, los asuntos en los que hay que caminar entre sombras, siempre dispuestos a que le claven a uno un cuchillo o a que le llenen las tripas de plomo. Me gustan, sí, los asuntos en los que hay bellas muchachas mezcladas, sobre todo pelirrojas. Y si es posible que tengan los ojos verdes... Pero los bolsos, sin ningún cadáver, me dan náuseas. ¿Por qué no esperas un poco más, Alan?

—He prometido a la señora Fonderson de ocuparme del asunto

inmediatamente,

—¿Tan bonita es?

Norton dijo:

—No seas mal pensado. Y no vayas a decirme que no la conoces.

—Sí. ¿Quién no conoce a una mujer que se ha casado con un montón de dinero?

—Eres un cínico. Bueno, se acabó de charla. ¡En marcha!

Harry se puso en pie, haciendo, con gesto burlón, un saludo militar.

Alan no pudo evitar una sonrisa.

Le agradaba el carácter jovial de su amigo y su manera un tanto cómica de ridiculizarlo todo. Antes de casarse, había salido mucho con Morrison y era al que más apreciaba de toda la Brigada.

—Anda —dijo, sin dejar de sonreír—. A ver si encuentras esa dichosa diadema.

—La colocaré en sus níveas sienes, aunque tenga que jugarme la vida en cada esquina. Dentro de unas horas, querido inspector...

No pudo terminar.

El visófono llamó con insistencia y Alan, alargando el brazo, iluminó la pantalla.

Un rostro conocido, el de un inspector de la ciudad satélite Este, apareció en el recuadro.

Al reconocer a Alan exclamó:

—¡Buenas noches, Norton! Es decir, buena madrugada.

—¿Qué hay, Silver?

—Un asunto muy feo, amigo mío. Estoy aterrado.

—¡Habla de una vez!

—Una de mis patrullas ha encontrado el coche de Lewis Fonderson...

—¿Algo más?

—Sí..., mucho más, Alan. El cadáver del banquero estaba a media docena de metros del coche. Asesinado: le habían machacado la cabeza con un objeto que no hemos encontrado.

Capítulo

II



El coche policial, un tetra-reactor velocísimo, salió como tromba de Space City.

Alan llevaba el volante.

A su lado. Harry, con un cigarrillo entre los labios, con los ojos entornados, parecía meditar.

—¿No querías un crimen? Inquirió Alan, sin mirar a su amigo.

—Sí, Y te agradezco que hayas encargado a Emil el asunto de la diadema.

Hizo una pausa; luego continuó:

—Estaba pensando en que hacía por lo menos dos años que no se cometía un asesinato aquí.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Nada. Sólo me preguntaba qué ha podido ocurrir para que alguien rompa la calma de la que gozábamos hasta ahora.

—Puede haber mil motivos.

—No lo creas. Digamos lo que digamos, Marte está bien controlado desde el punto de vista policíaco. El superintendente es, en verdad, un poco anticuado, pero ha sabido llevar las cosas por un camino de tranquilidad. Ha terminado con los garitos, solucionado, de acuerdo con las autoridades, los problemas de inmigración. Hoy no hay nadie en el planeta que tenga motivos económicos para matar a otro.

»La prohibición del juego ha terminado con peligros que ya conocemos muy bien. Sólo el crimen pasional podría darse, de vez en cuando, pero los psicólogos nos han demostrado que es cada vez más raro. Y, en este caso, no creo que hayan matado a Fonderson para robarle ni para casarse con su mujer.

—¿No te aventuras demasiado?

—No lo sé. Intento, mi querido amigo, centrar el problema, ponerme en el sitio del que ha machacado la cabeza del banquero y llegar a identificarme con su estado de ánimo, con lo que movió la mano asesina,

—Este asunto va a traer mucho ruido.

—Eso es lo de menos. La muerte de Fonderson hará que los periodistas y locutores de la televisión se muevan como lagartijas, pero esa parte de! Asunto no nos interesa.

—La publicidad no es amiga de la policía.

—Ya lo sé.

—Además, justo cuando Callowan va a venir.

—¡Es verdad! Lo había olvidado... Vamos a tener la suerte de tenerlo a nuestro lado cuando precisamente lo necesitamos.

Interrumpieron la conversación al llegar al punto donde la patrulla policíaca hacía guardia. Ya se habían llevado el cadáver, pero un maniquí mostraba el lugar donde el banquero había sido hallado. El coche, un vehículo extraordinario, con un piso supletorio en la parte superior, estaba detenido en la carretera, siendo sometido a los complicados manejos de los del laboratorio.

Cámaras cinematográficas, de rayos infrarrojos, contadores Geiger y dispositivos para la toma de microfotografías captaban todo lo que hubiese podido quedar allí, analizando cuantos detalles podrían conducir al descubrimiento del culpable.

Silver, un hombre entrado en años y de cabello algo canoso, se acercó a ellos.

—¡Hola, muchachos! ¿Qué os parece?

—No está mal —dijo Harry.

—¿Habéis encontrado algo? —inquirió Alan.

—Pronto lo sabremos. Pero venid a «Este». Aquí ya no hacemos nada.

Volvieron a su coche, al que subió también Silver, dirigiéndose a la pequeña ciudad, hasta detenerse ante la Sección de la Brigada.

Una vez en el despacho, cómodamente sentados, Silver, después de

ofrecerles una copa, dijo:

—Ha sido una mala suerte para mí que ese hombre se hiciese asesinar en mi demarcación.

—Lo comprendo —asintió Alan—; pero, de todos modos, el asunto cae sobre todos nosotros.

—¿Traerán pronto los resultados del laboratorio? —Se interesó Harry, que ya estaba harto de aquella manera de condolerse de los otros dos.

En aquel instante la puerta abrióse y un hombre, con bata blanca, entró en el despacho.

Todos lo conocían.

—Hola, doctor —le saludó Alan.

—Hola.

El médico se sentó, encendiendo parsimoniosamente su pipa; luego, después de echar unas densas bocanadas de humo azulado, dijo, con voz clara:

—Lewis Fonderson murió a las dos y dieciséis horas de la madrugada. Alguien le estranguló antes de destrozarle el cráneo con un objeto romo.

—¿Hay huellas de los dedos en su cuello?

—No. El asesino llevaba guantes. Tampoco ha dejado huellas el objeto con el que fue golpeado, aunque estoy seguro que se trataba de algo metálico.

—¿Muerte instantánea?

—No. Hay sorpresa y sufrimiento en un estrangulamiento. Fonderson no ha debido ser una excepción. De todos modos, no hubo defensa, lo que hace pensar que el agresor sorprendió a su víctima o que ésta le conocía, no imaginando que iba a ser atacado.

Entró entonces otro hombre, delgado, huesudo, igualmente con bata blanca.

—¡Traigo noticias para mis queridos sabuesos! —exclamó.

—¿Qué hay?

—Huellas en el suelo, junto a la carretera. Pero prepárense: huellas de unos zapatos de mujer. Van desde el sitio donde paró el coche hasta las proximidades del cadáver.

—Es posible que tengamos que buscar a una asesina —dijo Alan.

—No —replicó vivamente el médico—. Ninguna mujer, a menos de ser extraordinaria, hubiera tenido la fuerza suficiente para estrangular a

Lewis y menos para destrozarle el cráneo a golpes. No olviden que el examen del cadáver me ha demostrado que la presión ejercida sobre el cuello de la víctima ha sido enorme. Por otra parte, los golpes demuestran haber sido propinados por alguien que poseía una fuerza grande y que en modo alguno puede ser una mujer.

—¿Y si fuera una mujer excepcional?

—Podría ser, pero ello sería su pérdida, ya que no es difícil encontrar a una persona del sexo débil que posea una potencia muscular tan extraordinaria.

—Tendremos que reunir a todas las forzudas del planeta —comentó Harry, con una sonrisa.

—Yo sigo creyendo —insistió el médico— que ha sido un hombre el autor del crimen.

—No hemos encontrado huellas de calzado masculino —dijo el especialista.

—¿Y si fuese un hombre con calzado de mujer?

El otro sonrió.

—Eso no es posible, Silver. O, al menos, es difícilísimo... Las huellas encontradas corresponden a unos zapatos de tacón altísimo y de gran lujo. Un hombre, aunque se pasara unos meses ensayando, no lograría una marcha normal con tal clase de calzado.

—¿Y si la lograra?

—Tendría que ser un caso muy raro. Por otra parte, la medida del pie nos da una especie de esquema de la mujer que llevaba esos zapatos: un metro setenta de altura, sesenta y ocho kilos de peso, joven y ágil, aunque un tanto nerviosa.

—¿Todo eso lo ha sacado de las huellas de los zapatos? —Se asombró Silver.

—Sí. El tamaño nos da la medida del pie, al que corresponden las otras medidas del cuerpo. La presión sobre el suelo, en el borde arenoso de la carretera, nos proporciona el peso. El modo de andar, su vitalidad y, por ende, su juventud.

—¿Y el nerviosismo?

—Eso es fácil. Esa mujer estuvo parada, esperando el coche. No debía de estar muy tranquila y dejó una serie de huellas en las que también dejó una prueba de nerviosismo.

—Cualquier persona que espere mucho tiempo suele moverse de un lado para otro.

El técnico sonrió.

—Es verdad, pero es muy raro que una mujer taconeé, sin moverse del sitio, dejando más de dos docenas de agujeros en la arena del borde de la carretera.

Harold Freedman, el doctor, se puso en pie, decidido a marcharse.

—Yo sigo pensando que la mujer se la jugado aquí más que un papel secundario. Ya lo verán confirmado cuando el cadáver sea examinado por mi colega de Space City. Él posee muchos más medios que yo, pero llegará a las mismas conclusiones. No me necesitan, ¿verdad?

—No —repuso Silver—. Muchas gracias por todo lo que ha hecho, «doc».

El médico salió y los otros charlaron del asunto durante algún tiempo.

Después de hacer un informe completo, Alan y Harry se despidieron de Silver, regresando a la ciudad para entrevistarse con el jefe y empezar el trabajo de investigación.

* * *

Fred Smiler, el superintendente, era un hombre rechoncho, con un vientre prominente y aspecto de rentista feliz. No obstante, su fisonomía, siempre con una dulce expresión de bondad, ofrecía en aquellos momentos la máscara grave que la preocupación ponía en ella.

Alan le había leído el informe de los hechos y él escuchó, sin despegar los labios, mirando, con una atención fingida, los papeles que se amontonaban sobre su mesa de despacho.

—¡Es inconcebible! —exclamó, cuando el inspector hubo acabado su lectura—. ¡Asesinar a un hombre como Fonderson! Y, justamente, en vísperas de la visita del jefe de la S1P.

Ni Alan ni Harry despegaron los labios.

—Hacía muchísimo tiempo —prosiguió diciendo Smiler, como si hablase consigo mismo— que no ocurría una calamidad de esta clase. Habíamos logrado una paz relativa en el planeta, donde sólo se señalaban delitos menores, sin una importancia muy fundamental.

—¿No cree que deberíamos empezar cuanto antes a trabajar? —se aventuró a preguntar Morrison.

—Indudable. Hay que hacer lo imposible por solucionar este asunto pronto. ¡Si lográsemos resolverlo antes de la llegada del señor Callowan!

—También tendríamos que dar la noticia a la señora Fonderson —

dijo Alan.

Smiler frunció el entrecejo.

—Sí, habrá que ir a visitarla.

Y su mirada se fijó en Norton, como si le hubiese elegido para aquella desagradable misión.

—Yo —intervino Harry— no iría a verla, sino que la convocaría aquí.

—¿Para qué?

—No olvidemos que se han encontrado huellas de mujer en la carretera. Tengo una idea para poder comparar esas huellas con las de la viuda.

—¿Qué intenta insinuar? —se extrañó el superintendente.

—Nada, señor. Pero, en su lugar, empezaría por comprobar la inocencia de la esposa de Fonderson.

—¡Pero es imposible que esa dama haya cometido el crimen!

—De todos modos —repuso Harry, torciendo el gesto—, creo que habría que demostrarlo.

Siempre ocurría igual.

Smiler era un admirador de la alta sociedad. Quizás aquella manera de pensar estaba ligada a su amor por las reuniones sociales, en las que había logrado ser admitido después de una feroz resistencia por parte de los demás.

Asintió sin mucho entusiasmo.

—De acuerdo, Morrison. Ponga en marcha su idea; pero, por lo que más quiera, procure que esa señora no sé dé cuenta de que la sometemos a una prueba. ¡Sería espantoso!

—Así lo haré.

Los dos amigos se despidieron de su jefe y abandonaron el despacho.

Una vez fuera, Harry sonrió.

—¿Te has dado cuenta, Alan?

—Sí.

—Smiler se moriría de disgusto si resultase que la viuda era la culpable. ¡Imagínate! Si goza como un niño con zapatos nuevos en esas reuniones con los plutócratas de la ciudad. Le reciben, le sonríen, le toleran y jamás encuentra un placer más grande que el de inclinarse para besar las manos enojadas de las damas o saludar a los hombres más poderosos del planeta. ¡Viejo presumido!

—No es malo, en el fondo.

—Ya lo sé, pero tampoco es lo que debía ser un jefe de brigada. Ha dejado de ser policía hace muchísimo tiempo.

—¡Me gustaría verte en su lugar!

—Tendrías que maravillarte, Alan.

—¡Presuntuoso!

—La modestia —sentenció el otro— es el orgullo desenfrenado de los tímidos y los incapaces.

—Y la inmodestia el arma de los cínicos.

Anduvieron, en silencio, unos segundos.

Después Alan preguntó:

—¿Puedes explicarme tu plan, Séneca?

—¿Por qué no? De vez en cuando, se debe dar a los infelices algunas lecciones elementales. Ven conmigo.

Descendieron hasta el departamento de investigaciones técnicas. Desde la puerta, que empujó suavemente, Harry llamó:

—¡Eh, Parson!

Un joven delgado, huesudo, con cabellos rojizos y gruesos lentes sobre la nariz aguileña, salió de la habitación donde otros seis hombres trabajaban junto a complicados aparatos.

—¡Pero si es Morrison en persona! —saludó Joe Parson.

—En efecto, Joe. Ya conoces a Alan.

—Hola, Norton.

—Hola, Parson.

El joven delgado miró a Harry.

—¿Qué te trae por aquí?

—El trabajo, hermano: ese sudor que hay que producir para no tener que pedir limosna. ¿Has recibido el Informe de ciudad satélite Este?

—Sí. Y no solamente el informe, sino todo el material recogido allí.

—¿Lo estáis examinando ahora?

—Casi terminamos. Estoy en disposición de contestar a tus preguntas, genio.

—¡Así me gusta! Que se me llame por mi nombre, camarada.

Rieron los tres.

—¿Qué piensas de todo esto, Joe? —inquirió Harry, momentos más tarde y ya serio.

—Que coincidimos plenamente con lo que han hecho los muchachos de ciudad Este. Las huellas son de una mujer y las características que nos han comunicado son las verdaderas.

—¿Algo más?

—Sí. La mujer era rica.

—¿Cómo lo has sabido?

—Quedaron unos trozos microscópicos de la piel del zapato, cuando ella se frotó, nerviosamente con una piedra. Es piel de serpiente legítima y los zapatos debieron costar mucho.

—Perfecto. Ahora quiero obtener las huellas de una señora que va a venir a visitarnos esta tarde. ¿Cómo lo lograríamos sin que ella lo notase?

—No es muy difícil. ¿Dónde va a entrar?

—En el despacho del viejo.

—Comprendo. Colocaremos un linóleo en el pasillo, revistiéndolo con una sustancia especial. En cuanto haya entrado, lo quitaremos y compararemos las huellas con las que tenemos.

—¡Eres un tío grande!

—No tanto como tú, pero vamos defendiéndonos.

Se estrecharon la mano, regresando los dos amigos al piso superior.

—¿Qué vas a hacer ahora? —inquirió Harry.

Alan se encogió de hombros.

—Esperaré las instrucciones de Smiler y mientras convocaré a la viuda para esta tarde.

—Bien. Yo voy a dar una vueltecita por ahí.

—¿A trabajar?

—Es posible, aunque prefiero que no utilices mucho esa palabra: me pone la carne de gallina.

Capítulo



ETUVO el coche ante el edificio de la «General Insurance». Antes de entrar allí, en cuanto saltó del vehículo, Harry entró en un bar y tomó un café doble, ya que se había pasado la noche sin dormir y no podía casi tenerse en pie.

Después penetró en el edificio de la Compañía de Seguros.

Eran unas modernas oficinas.

Un empleado le condujo, por un pasillo sobre el que había una gruesa alfombra, al lujoso despacho del director. Éste, un hombre entrado en años y vestido elegantemente, se levantó, estrechando la mano de su visitante y ofreciéndole, inmediatamente, un habano de marca.

—Siéntese, señor Morrison.

Harry obedeció, encendiendo el veguero. El otro esperó, haciendo lo mismo.

Luego el policía dijo:

—No quiero entretenerle mucho, señor, y también deseo rogarle que no haga público, por el momento, lo que voy a decirle.

—Muy bien.

—Ya comprendo que la noticia que le traigo no va a ser nada, agradable para usted; al menos lo supongo así; pero, de todos modos, deseo una información que no obtendría de otra manera.

—Usted dirá —dijo el otro, frunciendo el entrecejo.

—¿Está asegurado aquí míster Fonderson?

—¡Claro que lo está! Grupo A-Especial.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que su prima es de las más elevadas. Sólo hay una docena de A-Especial en todo el planeta.

—Perfectamente. ¿Tiene usted la amabilidad de explicarme las modalidades de ese seguro?

—Con mucho gusto: se trata de un seguro corriente de vida. Quizá lo único especial es que, además de la cantidad asegurada, entra en esta categoría la totalidad de los bienes muebles e inmuebles; es decir, es como un testamento al que se agregase una prima especial y muy cuantiosa.

—¿Como de cuánto?

—Mil millones.

Harry emitió un silbido de admiración; después preguntó:

—¿Y el beneficiario?

—El familiar más allegado al asegurado; en el caso del señor Fonderson sería naturalmente su esposa.

—Comprendo. ¿Hay alguna restricción?

—Ninguna, si se refiere a la clase de muerte.

—¿Incluso... un asesinato?

El hombre arqueó las cejas, mirando intensamente a su interlocutor; luego, tras una pausa, repuso;

—Incluso un asesinato.

—¿Y si la persona beneficiaría fuese el asesino?

—¿Adonde quiere usted llegar, señor Morrison?

—Conteste a mi pregunta, por favor.

—Bien: si el beneficiario fuese causa de la muerte del asegurado, causa premeditada, se entiende, es natural que la prima no fuese pagada a él, sino entregada a otro familiar, con una deducción importante a favor de la Compañía.

—Entiendo.

—¿Tendría usted ahora la amabilidad de decirme a qué viene todo esto?

—Sí. Lewis Fonderson fue asesinado anoche.

—¡Oh! ¿Por su esposa?

—No corramos tanto, señor... Y no olvide que todo lo que hemos

hablado aquí debe quedar entre nosotros.

—Así será.

—¿Cuánto tiempo hace que mister Fonderson se aseguró?

El otro lanzó un suspiro.

—Un par de meses. Ya comprenderá usted la clase de disgusto que acaba de proporcionarme.

—Me lo Imaginaba y créame que lo lamento.

Se puso en pie.

—De todos modos —dijo aún—, ustedes no deberán pagar hasta que el asunto esté aclarado. ¿No es verdad?

El otro negó, moviendo tristemente la cabeza.

—No. Hay una cláusula que nos obliga a satisfacer la prima dentro de la primera semana después del fallecimiento del asegurado.

—Está bien. Le tendré, no obstante, informado de la marcha de nuestras investigaciones.

—Le quedo muy agradecido, señor Morrison.

* * *

Fumando cigarrillo tras cigarrillo, Harry siguió los movimientos de Joe Parson, que estudiaba el linóleo por el que acababa de pasar la joven viuda del banquero.

Observó todas las operaciones que Joe realizaba. Éste, ante todo, cubrió con un polvo plateado las zonas donde habían quedado las huellas. Cuando quitó el polvo, los límites de las huellas se dibujaron con una precisión extraordinaria. Después Parson midió, recortó, pesó, sometiendo por último al supermicroscopio. Y a los reactivos químicos el polvo que había caído dentro de las huellas.

Tardó media hora en volverse a Harry, con una sonrisa en los labios.

—¡Ya está, detective!

—¿Y qué?

—Son las mismas huellas.

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—Esto va a facilitar extraordinariamente las cosas. Luego dirá el viejo que no nos hemos dado prisa. Ya sabes que está enfermo pensando que este asunto no esté resuelto antes de que llegue Callowan.

—Y a lo sé.

—Es un caso clásico de mujer aprovechada: se casa con un multimillonario y olvidando toda prudencia, dejándose llevar por una ambición desmedida, precipita la muerte de su esposo, en cuanto conoce sus intenciones de asegurarse y dejarla como heredera de todos sus bienes. ¿Está claro?

—¡Como el agua!

—Naturalmente, los que se volverán locos de alegría serán los del seguro. ¡Menudo ahorro para ellos!

—¿Vas a comunicárselo a Smiler? ¡Inmediatamente!

Salió, dirigiéndose al piso superior. Cuando atravesaba uno de los pasillos, Alan le llamó:

—¡En, Harry!

Morrison se detuvo y entró en el despacho de su compañero. Allí estaba también el forense de la brigada.

—Buenos días, doctor Hermond.

—¡Hola, Harry! ¿Cómo va eso? —Estupendamente bien; creo que el asunto está resuelto.

Los otros dos fruncieron el entrecejo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Norton.

—Que he hecho comparar las huellas de los zapatos de la viuda Fonderson y son las mismas de la mujer que estuvo junto a Lewis cuando le mataron. ¡No hay duda alguna, muchacho!

Alan sonrió.

—¿Por qué no escuchas un poco al doctor, amigo mío?

Harry se volvió hacia el médico,

—¿Hay algo nuevo?

—No, lo de siempre; es decir, Fonderson fue asesinado por una persona de fuerza extraordinaria; indudablemente, no era una mujer.

—¡Eso no puede ser! Las huellas coinciden.

—Hay algo más, muchacho —dijo el médico—. Y estaba hablando de eso con Norton. He podido precisar la hora exacta de la muerte; las dos y diez de la madrugada.

—¿Con tanta precisión? ¿Cómo lo ha logrado?

—Con la tabla de coagulación de los coloides orgánicos.

—¡No entiendo ni una sola palabra!

—Es sencillo. Antes los forenses tenían que estudiar detalles difíciles y jamás se acercaban, con mucha exactitud, a la hora en que se había producido la muerte de un ser humano. Ahora es distinto.

—¿Por qué?

—Porque hemos logrado conocer la ley de coagulación. Cuando la muerte se produce, va unida siempre a la coagulación de los coloides de las células. Podríamos decir que coagulación y muerte son una misma cosa. Pues bien, gracias a las tablas que la ciencia ha logrado establecer, podemos hoy saber con una precisión de minutos y hasta segundo: cuándo se ha producido esa coagulación. La muerte de Fonderson aconteció, como lo demuestra la coagulación de sus coloides, a las dos y diez de la madrugada pasada.

—¿Y eso qué importancia puede tener respecto a la identidad del asesino?

Fue Alan quien, ahora con una sonrisa, respondió a su amigo:

—Olvidas, mi querido Harry, que anoche, a esa hora, la señora Fonderson estaba aquí, hablando conmigo y reclamándome, como recordarás, un bolso con una diadema que había perdido.

Harry sintió que algo se rompía en el interior de su mente; su razonamiento y su trabajo se vinieron estrepitosamente al suelo.

* * *

—¿Un poco más de caviar, amorcito?

Carlo se sentía feliz, como nunca lo había sido. Verdad es que tuvo que luchar, durante casi toda su vida, para llegar a ser lo que era: un hombre inmensamente rico y poderoso.

También era verdad que no pudo gozar de la vida como los demás humanos; pero ahora, al lado de la deliciosa Gladys, la muchacha más bonita que conoció nunca, y que era su esposa desde hacía seis horas, olvidaba con facilidad todas las horas amargas del pasado.

No envidiaba a nadie.

Por el contrario, los otros hombres, los que estaban sentados en las mesas del «Cosmos», le miraban. Y había envidia en el brillo de sus pupilas: una envidia lógica, ya que la belleza de Gladys sobresalía por encima de la de todas las demás mujeres, que no podían soportar la más benévola comparación.

—¿Un poco más de champaña?

—Sí, Carlo.

Le sonrió, de aquella deliciosa forma con que sabía hacerlo. Su hermosura estaba realzada por el espléndido traje que llevaba. Y él, al recordarla horas antes, vestida de novia, sintió una sensación de

legítimo orgullo que se apoderaba de su corazón.

—Esta noche saldremos para la Tierra, Gladys. Iremos a todas partes, lo visitaremos todo. Tú has nacido aquí, en Marte, pequeña, y no conoces la Tierra, ¿verdad?

—No, Carlo. Lo he visto sólo en el cine.

—¡Pues ya verás que la realidad es mil veces más maravillosa! Tengo fábricas en las cinco partes del mundo y amigos por todas partes.

Ella posó su mano sobre la del hombre.

—Estoy orgullosa de ti, amor mío. Muy orgullosa.

Él podía haberle dicho que no era posible que el orgullo que experimentaba la muchacha fuese mayor que el suyo.

—¿Dónde estuviste ayer por la mañana, querido?

—En la casa de seguros. Tenía que ultimar un asunto. Hace un par de meses que contraté un seguro de vida.

—¡Qué tonterías dices!

—Hay que pensar en todo, cariño...: no somos eternos.

Ella le puso la mano sobre los labios.

—¡No quiero que hables así! ¡Te lo prohíbo!

—Bien, bien... —dijo él, después de besar tiernamente su delicada mano—. Pero quiero que sepas que todo lo que tengo, nos pertenece a los dos. ¿Estás contenta?

—Contigo me basta, Carlo.

—Ya lo sé. Pero no olvides lo que le ha ocurrido a mi amigo Fonderson.

—¡Oh! ¡No hables más de eso, por favor! Ha sido horrible. ¡Pobre mujer! ¿No te diste cuenta de cómo sufría?

—Sí, pobre Gay.

—Ya ves que nada importan las riquezas, amor mío, cuando se quiere de verdad. Había más dolor en los ojos de Gay que toda la alegría que podrían proporcionar todos los tesoros del mundo reunidos. Por eso no quiero que hablemos más de esto, Carlo. Es nuestro día de boda y hemos de ir a prepararnos para nuestro viaje de novios.

—He reservado todo un apartamento de lujo en la astronave.

—¡Eres muy bueno!

—Es que todo te lo mereces.

Siguieron charlando, hasta que, ya entrada la noche, comprendieron que les quedaba muy poco tiempo para preparar la marcha.

—¿Nos vamos, querida?

Salieron, dirigiéndose al aparcamiento donde Carlo había dejado su magnífico coche que, como otras cosas, iba a llevar a la Tierra.

Una vez en la mansión regia que ocupaba Stromboli, los criados les entregaron el equipaje, que ya estaba preparado, y que los servidores colocaron en el depósito posterior del vehículo.

Gladys se entretuvo un poco en su habitación, cambiándose de traje, ayudada por su doncella. Se puso un cómodo vestido de viaje, gris azulado, que le sentaba maravillosamente bien.

Momentos después, y tras dar instrucciones a la servidumbre, Carlo subió a recoger a su joven esposa.

—¿Estás ya, querida?

—Sí.

La noche era magnífica y ella le rogó que no fuese demasiado aprisa.

—Estoy muy contenta de ir contigo a la Tierra, Carlo; pero quiero saborear mis últimos momentos en Marte.

—Lo comprendo.

Condujo despacio.

La poderosa máquina del reactor, cuya carrocería era atrevidísima, obedecía con sumisión a los mandos y parecía deslizarse, como si resbalase, sobre la autopista que, alejándose de Space City, iba al Espaciódromo Central.

—¿Ves aquel punto brillante, entre aquellas dos estrellas?

Gladys levantó la cabeza, mirando al cielo a través del capot transparente.

—Sí. ¿Qué es?

—La Tierra. Fíjate que apenas brilla en el cielo y que no es, desde aquí, más que un pequeño punto luminoso. Sin embargo, ¡qué hermosa es! Al lado de Marte, todo desiertos, la vieja Tierra es algo estupendo; un mundo hecho a la medida del hombre

—No sabía que tuviese un marido filósofo.

—No es eso, pequeña. Verás, cuando yo era muy joven y se empezaban apenas los viajes interplanetarios, cuando las primeras patrullas internacionales se hicieron cargo de la Luna, después de Venus y por último de Marte, todos los jóvenes ardíamos en deseos de salir de la Tierra. ¡Cuántas veces, desde la ventana de mi casa, miraba yo las estrellas, preguntándome ansiosamente si algún día podría salir al espacio!

»La Tierra nos parecía entonces despreciable, pobre, limitada, como una cárcel un poco grande... Después he viajado mucho, pagando parte

de mi vida en planetas distintos y en el interior de los astrocohetes. Pero cada vez que desde lejos, muy lejos, he visto ese punto azulado brillar en el espacio, he sentido la nostalgia de nuestro viejo planeta, de sus ciudades, de sus campos, de sus ríos y sus montañas.

—Comprendo esa nostalgia, amor mío.

—Ya lo sé; pero para vosotros, los jóvenes; para ti, que has nacido aquí, las cosas son muy distintas.

—Es verdad. Pero estoy segura de que yo también amaré a la Tierra. Todo lo que ames, lo amaré yo.

El viaje continuó, siempre dulcemente.

Carlo se sentía emocionado, feliz, lleno, repleto de una felicidad desconocida hasta entonces.

Por eso, cuando poco después se detenía bruscamente, el coche, sonrió, volviéndose a la muchacha.

—No comprendo lo que ha pasado. Pero no te preocupes. Lo arreglaré en seguida.

Descendió del vehículo, examinando la caja de controles que había bajo el capot del motor. Todo parecía en orden.

Ensayó los contactos elementales de aquellas sencillas máquinas, frunciendo el entrecejo al comprobar que no marchaban normalmente.

De todas formas, no tenía importancia.

Vio que Gladys salía del coche y encendía un cigarrillo.

—¿Está ya arreglado, querido?

—No, pero no te preocupes, Gladys: utilizaré la radio de a bordo y pediré un coche al espaciódromo.

—Bien.

Carlo subió al vehículo e intentó hacer funcionar la radio, pero de nada le sirvieron los esfuerzos que hizo.

La radio no funcionaba.

—¡Es extraño!

—¿Qué pasa, Carlo?

—La radio. No funciona.

Gladys dijo:

—Sí que es extraño. ¿No podrías revisar un poco el cuadro de delante?

—Eso es lo que voy a hacer. Hay que salir de aquí antes de que la astronave parta. Pueden esperar un poco, si ven que no llegamos; pero, de todos modos, acabarían por marcharse.

—No te desesperes, Carlo.

—Gracias, querida.

Volvió a levantar el capot, intentando adivinar dónde se encontraba la avería.

Fue entonces cuando la silueta se acercó cautelosamente a su espalda, sin ruido. No notó nada hasta que unas manos de hierro se ciñeron mortalmente a su garganta, cortándole la respiración.

Intentó volverse, haciendo acopio de toda su energía. Pero la potencia de su agresor hicieron baldíos todos sus esfuerzos.

La anemia cerebral le nubló la vista, hundiéndole en un abismo sin fondo, donde le esperaba la muerte.

Momentos después, Gladys se precipitaba a la radio, logrando establecer contacto con el espaciódromo.

—¡Auxilios ¡Socorro! ¡Están matando a mi marido! ¡Socorro!

La voz emocionada del empleado del espaciódromo se dejó oír.

—¿Quién es usted? ¿Desde dónde llama?

—Soy Gladys Stromboli... Estoy en la autopista, a unas diez millas de ahí... ¡Vengan en seguida! ¡Ahora me atacan a mí! ¡Auxilio!

El empleado oyó un grito desgarrador y sintió que su sangre se le helaba en las venas.

Seis minutos más tarde, tres vehículos, lanzados a una velocidad de locura, salían del espaciódromo.

Capítulo IV



El doctor Carl Hermond salió de la habitación. Todas las miradas coincidieron en él.

Smiler se adelantó.

—¿Cómo está, doctor?

—Bien. Recibió un fuerte golpe en la sien, pero ya está recuperándose.

Harry intervino:

—Pero esta vez es peor: no se han encontrada huellas de ninguna clase, más que las de su esposa, que fue igualmente atacada.

—¡Y Callowan llega mañana! —se condeolizó, el superintendente.

—De todas formas —dijo el doctor—, han de orientar ustedes sus pesquisas hacia alguien con una fuerza extraordinaria. En este caso, mejor que en el anterior, ya que Fonderson tenía el cráneo machacado, se ve perfectamente que los dedos que estrangulaban eran fuertes, como el acero. La tráquea fue casi seccionada por la presión y creo que encontraré lesiones en las vértebras cervicales.

—He dado ya la orden de vigilar a todos los atletas de la ciudad —dijo Smiler.

—Bien hecho.

—Pero lo que no tiene lógica alguna es la falta de huellas. Ningún hombre, por muy fuerte que sea, puede volar como un pájaro.

Todos miraron a Morrison, que era quien acababa de pronunciar aquellas palabras, que eran como una ducha fría para los que se hiciesen aún alguna ilusión.

Momentos después Alan y su amigo se dirigían a su despacho.

Una vez dentro, Norton dijo:

—¿No es para volverse loco, Harry?

—Un poco, no lo creas. Todo esto es rarísimo: mueren dos hombres, estrangulados, sin que podamos decir con certeza que había alguien a su lado que no fuesen sus esposas. En el primer caso, y a la hora exacta del crimen, Gay Fonderson estaba en tu despacho y junto al coche de su marido. En este caso, la mujer es atacada, pero no hay huellas que demuestren la presencia del asesino. En ambos casos, los médicos dicen que el estrangulamiento fue cometido por alguien de fuerza titánica. ¿Crees en los fantasmas, Harry?

—No.

—Pues ya puedes empezar a creer.

—Tienes razón.

Morrison encendió un cigarrillo.

—La única cosa lógica, en ambos casos, es que las viudas gozan de una prima importante que las hace herederas de una fortuna colosal.

—¿Qué insinúas?

—Nada. Constató los hechos. Nada más.

—Pues pierdes lamentablemente el tiempo. El que los dos muertos hayan contratado un seguro semejante no es más que una casualidad.

—Un poco rara...

—Todo lo que quieras. Pero las dos esposas, sobre todo Gay Fonderson, es completamente inocente. Su coartada no puede ser más perfecta.

—¡Como que eres tú en personal! ¿Estás seguro de que se trataba de la esposa de Fonderson?

—¿Intentas decirme que estoy majareta?

—No es eso. Pero podía haberse tratado de alguien que se pareciese mucho a ella.

—¡Bobadas! Intentas pasarte de listo, pero pierdes el tiempo. No vayas a creerte que no pensé en ello. Por eso visité a todos los que habían salido aquella noche con Gay. Incluso hablé con Carlo y su novia. Todos, un par de docenas, juraron que era Gay la que había estado con ellos. ¿O es que no van a conocerla?

—¿Y las huellas de la carretera?

—¿Y a mí qué me cuentas? Eso es lo más famoso de tu teoría. Está claro que hubo una mujer junto a Fonderson, cuando éste fue atacado y asesinado. Pero no era la suya.

—Veremos lo que dice Callowan.

—¿Crees que resolverá el asunto?

—Tengo mucha confianza en él.

—Pues temo que va a defraudarte.

—¿Por qué?

—Porque nadie, ni el mismo Callowan, puede decirnos quién mató a esos hombres, ya que no hay huellas del asesino.

—Ya veremos...

Y salió sonriendo.

* * *

El director de la «General Insurance» había adelgazado un buen montón de libras en aquellos días.

Harry notó la palidez de sus rasgos y las ojeras que circundaban sus ojos.

No debía haber dormido mucho.

Invitó al policía a tomar asiento, pero esta vez no le ofreció habano alguno. «Era indudable —pensó Morrison— que empiezan a estar de restricciones...».

—¿Hay novedad? —inquirió el joven.

—Sí y no, señor Morrison.

—¿Qué quiere decir?

—Que me han llamado por teléfono, pidiéndome que preparase una nueva póliza A-Especial.

—¿Quién?

—William Stuard.

—¿Quién es?

—Uno de los directores de la Compañía de Astronavegación «Intercosmic». Ya sabe usted que es la más importante de todas las que sirven las líneas Marte-Tierra. Y no solamente en pasajeros, sino en mercancías.

—¿Qué edad tiene ese hombre?

—Cincuenta y tres.

—¿Casado?

No Va a contraer matrimonio muy pronto,

—¿Conoce a Helen Katz?

—¿La artista de cine?

—Sí. Llegó hace unas semanas y parece que se han enamorado.

—Comprendo.

El otro se secó la frente con un pañuelo.

—Yo pensaba suprimir las primas A-Especiales, señor Morrison. Ya comprenderá usted que, después de lo ocurrido, los resultados han sido ruinosos. Nuestros médicos aseguraron que tanto Fonderson como Stromboli podían vivir noventa años...

—... Siempre que nadie les estrangulase.

—¿Cómo íbamos a saberlo?

—Ya entiendo.

—El consejo estaba dispuesto a suspender esa clase de pólizas, pero como usted me rogó que no lo hiciese...

—Naturalmente. No sé si me equivoco, pero es la única pista que tenemos, por el momento. En ambos casos, había póliza A-Especial y las mujeres, ambas vivitas y coleando, van a convertirse en multimillonarias.

—¡No puedo creer que una mujer pueda llegar a eso!

—No sea tan confiado, señor. En fin —se puso en pie—, le ruego que me tenga al tanto de lo que ocurra. En el momento que esa póliza se firme, le ruego que me avise.

—¿Qué piensa hacer?

Lograr que Stuard me emplee como chófer o mayordomo... o lo que sea. Lo importante es que no debo separarme de él ni de día ni de noche. Si ese asesino se presenta de nuevo, dispuesto a enriquecer a otra viudita, deseo saber por qué lo hace.

Al salir de la «General Insurance», Harry vagabundó un poco por las calles. Estaba furioso porque sus investigaciones se estrellaban siempre contra todo. Había hecho estudiar las vidas de las dos viudas, esperando encontrar, en la presencia de un hombre, la explicación de aquellas muertes. Pero, en ambos casos, todo había resultado fallido.

Tanto Gay Fonderson como Gladys Stromboli estaban apenadísimas. Y era muy difícil que jugasen de viudas inconsolables con aquella perfección. Por otro lado, no había ningún «gigoló» en escena y las sospechas de Morrison no tenían base alguna de confirmación.

Aburrido, después de ir de un lado para otro, regresó a la Central de la Brigada, yendo directamente al despacho de Alan, donde se dejó caer en uno de los sillones, lanzando un profundo suspiro.

—¿Estás agotado? —le preguntó su amigo, sonriendo.

—Un poco.

—¿Quién te manda estrujarte así las meninges? Seguro que mancharás el pañuelo de aserrín, si te sueñas.

—¡Muy gracioso! Ni que hubieses hallado la solución del caso.

—No, pero he encontrado el bolso con la diadema. ¿Qué te parece?

—¿Dónde?

—Entre las plantas del parque del «Astronave». Y he ido a entregárselo a la señora Fonderson. Personalmente.

—La habrás encontrado llorando a lágrima viva, ¿verdad?

—No seas estúpido. No estaba bailando, desde luego, pero se ha alegrado mucho de recuperar la joya.

—¿Te ha dado un beso de premio?

—¡Qué estúpido eres! Hemos estado hablando sobre la muerte de su marido, durante cerca de una hora.

—¿Te ha dicho algo que pueda servirnos?

—No, pero me ha dicho que iba a ofrecer un premio de doscientos mil dólares al que descubra al asesino de su marido.

—¡Muy interesante!

—Eres cínico, Harry, y no lo dejarás de ser nunca. No crees en nadie y sospecharías de tu propia madre. Esa mujer es encantadora y no me extraña que Fonderson se volviese loco por ella. ¿Sabes cómo me ha premiado por haber encontrado el bolso y la diadema?

—¿Ha pedido tu mano?

—¡Vete a paseo! Ha ordenado al Instituto de Belleza «Star», el más lujoso de la ciudad, que se ocupen de Helen durante tres meses.

—¿De tu mujer?

—Sí. ¿No comprendes que es una ilusión para cualquier mujer del planeta? Cada tratamiento completo cuesta más de diez mil dólares. Y una mujer que pasa por el «Star» se convierte en algo excepcional.

Harry no pudo evitar una sonrisa.

—¡Ya te veo declarándote otra vez a Helen!

—¿Tú qué entiendes de eso, lobo solitario? Pero yo estoy loco de contento y ya puedes imaginarte la cara que ha debido poner Helen, cuando se lo he dicho por teléfono.

—No está mal. Y me alegro por ella y por ti. Pero me hubiese gustado más que hubieras sacado algo en limpio del interrogatorio.

—¡Claro que lo he sacado! He deducido que esa mujer es completamente inocente. Ya me dijo que era natural que nosotros sospechásemos de lo del seguro.

—¿Te dijo eso?

—Sí. Los de la «General Insurance» la han visitado y no se han mostrado todo lo corteses que podría esperarse de ellos.

—¿Lo hubieses sido tú? ¿Sabes lo que le ha costado a la Compañía esas dos muertes?

—¿Y qué culpa tiene una mujer que, además, ha sido la más afectada por la desgracia?

—Veo que te ha hipnotizado... ¡Mujeres! Fíate de ellas y acabarás como esos dos pobres tipos.

—No se puede contigo. Es mejor que me dejes tranquilo. Tengo mucho trabajo: he de prepararlo todo para la visita de Callowan.

—¿Orden del viejo?

—Sí. ¿Te extraña?

—¡De ningún modo! No conozco personalmente a Callowan, pero me imagino que se alegraría más de encontrar solucionados los dos asesinatos, en vez de vuestros preparativos oficiales.

Y viendo que el otro torcía el gesto, visiblemente disgustado, Harry se levantó, dirigiéndose hacia la puerta.

—No te molestes en echarme. Ya me voy.

* * *

El camarero, a bordo de la astronave, terminó de servirlos, alejándose después.

—¡Excelente pescado! —exclamó Callowan.

Y volviéndose a su secretaria inquirió:

—¿Te gusta, Kathy?

—Es muy bueno, señor Callowan.

—Yo también lo encuentro delicioso —intervino el agente Semper, que estaba sentado al otro lado de la mesa.

—Cada vez es más cómodo el viajar por el espacio —dijo Donald—. Se han suprimido todas las dificultades de los primeros tiempos. ¡Se diría uno en un avión corriente!

—Es mejor así —opinó la muchacha—. Me han hablado mucho de la desgravitación que se sentía antes y no creo que hubiese podido resistir una cosa así.

—No debes preocuparte: todo eso ha sido vencido.

Hubo un silencio, mientras proseguían comiendo: luego, Mickey Semper dijo:

—Le han fastidiado las vacaciones, ¿eh, señor Callowan?

Donald sonrió.

—Todo lo contrario, Mickey. No puedo decir que me alegro de lo que ha sucedido, pero prefiero que se hayan producido esas muertes coincidiendo con nuestra visita. Por el informe recibido, se trata de un asunto difícil. No me extraña que se encuentren un poco perdidos.

—¿Ve usted algo en ese caso? —inquirió el agente.

—Nada aún. Hay cosas que parecen coincidir; pero, de todos modos, nos falta conocer a los personajes de esos dos dramas.

—¿Sospecha de las mujeres? —preguntó Kathy.

—No. No puedo creerlo. Claro que ya sabéis que no me gusta sacar a nadie del círculo de los sospechosos mientras no haya pruebas de lo contrario; pero, de todas formas, no me puedo hacer a la idea que unas mujeres jóvenes, que habían conseguido indudablemente lo que se proponían, se expusiesen a perderlo para siempre.

—¿A pesar del seguro?

—Claro. Si fuesen ellas las que hubiesen cometido los dos asesinatos, se hubieran expuesto a perder a una sola carta. Además, ¿qué quieres que te diga, Mickey? Una mujer puede matar, eso ya lo sabemos, pero en este caso se necesita mucha sangre fría, sin contar con una fuerza hercúlea, para llevar a cabo sus propósitos.

—¡Pero si no se han encontrado otras huellas que las de esas mujeres! El informe lo decía así.

—El que ha hecho todo esto sabe muy bien lo que hace. Desde luego, hay que fijarse siempre en lo que el criminal se propone; es decir, en lo que le interesa que piense la policía. En este caso, ¿qué intenta hacernos creer?

—Primero —prosiguió Donald—: desea que veamos a las mujeres como culpables. Lo de los seguros especiales subraya esta opinión. Segundo: al mismo tiempo, nos ofrece asesinatos, estrangulamientos, llevados a cabo por personas de una fuerza poco común. Es como si nos desafiase, dictándonos: ¡Ahí tenéis esas mujeres que salen ganando al morir sus maridos y que, sin embargo, no pueden haber sido asesinados

por ellas! ¿Quién puede tener interés en matar a dos multimillonarios, si no va a sacar ningún provecho?

—Eso es imposible —dijo Mickey—. Nadie mata sin un motivo.

—Podía tratarse de un loco —intervino la muchacha.

—No hay locos que limiten sus ataques a hombres que poseen miles de millones de dólares. Detrás de todo esto se encuentra alguien que intenta «sacar tajada».

—No habrá más que vigilar a las viudas.

—¿Crees que él no ha pensado en que lo haremos? No, a pesar de todas las vigilancias, él sabe que posee una seguridad completa en beneficiarse de lo que ha hecho. Él o ellos, ya que pueden ser varios. Por otra parte, esos muchachos de la Brigada han hecho todo lo que han podido, pero les falta la experiencia.

—¿Cómo piensa usted «atacar»? —sonrió Semper.

—No lo sé; pero de todos modos, creo que no llegaré a Marte.

—¿Eh? —Se asombró la muchacha.

—Ahora os explicaré parte de mi plan. En principio, Mickey se presentará, en nombre mío. Nosotros dos, Kathy y yo, nos quedaremos un par de días en Deimos.

Luego les explicó lo que pensaba hacer.

Capítulo

V



LAN se preparó una nueva taza de café; luego, mientras la tomaba, miró una vez más al reloj, deseando que Helen llegase antes de la hora en que él debía obligatoriamente marcharse.

Quería pasar por el bar donde encontraría a Harry.

¡Dichoso Harry!

Desde que aquel agente, en nombre de Callowan, había llegado a Marte, Morrison se descorazonó, perdiendo todo interés por la investigación que tenía entre manos. Hasta había pedido un permiso de un mes y huido de la Central como alma que persigue el diablo.

Alan sonrió, encendiendo un cigarrillo. Fue entonces cuando oyó la llave en la puerta de entrada y miró hacia la del salón, viendo aparecer, momentos más tarde, a su esposa.

¡Dios mío, qué hermosa estaba!

En una semana, desde que empezó a ir al Instituto de Belleza «Star», había cambiado por completo. Nunca podría imaginarse Norton qué maravillas podían hacer en aquel sitio; pero la prueba, de una evidencia que saltaba a los ojos, estaba ante él.

Habían sabido revalorizar la belleza de Helen de una forma estupenda. Y la convirtieron en aquella deliciosa mujercita que ahora, sonriéndole, se acercaba a él.

—¿Todavía estás aquí, querido?

La besó con ardor, estrechándola fuertemente entre sus brazos.

—¡Pobrecillo! —exclamó ella, cuando logró zafarse del brazo tierno de su esposo—. Te tengo abandonado y debes perdonármelo.

—No es nada, Helen.

—Tú fuiste quien me dijo de ir al «Star», y mientras estoy allí, horas y horas, no dejo de pensar en que tú estás aquí, teniéndote que preparar la comida y haciéndotelo toco.

—No tiene importancia.

—¡Sí que la tiene! Tengo unas ganas tremendas de acabar con el Instituto. ¿No te das cuenta de que si estoy contenta de que me embellezcan es por ti?

—Lo sé —él sintió que lo embargaba una sensación de orgullo—. Por eso quiero que vayas al «Star» hasta el final. Antes, las mujeres solían ir a los Institutos de Belleza para remediar ciertos defectos, pero ése no es tu caso: tú has ido para realzar lo bonita que ya eras.

Con coquetería ella, que se había levantado, giró ante él con la sapiencia de una adiestrada modelo.

—¿Te gusto? —inquirió.

—¡Muchísimo!

—Pues debes demostrármelo.

—¿Qué quieres decir?

—Que desearía salir contigo, aunque no fuese más que una noche. ¡Dichoso trabajo el tuyo!

La esperanza se encendió en el pecho del policía.

—Quizá podamos salir esta noche. No creo que Smiler me haga quedar de nuevo.

—¡Llevas así toda la semana!

—Ya lo sé, pero la culpa es de Morrison. ¡Mira que ocurrírsele pedir ahora su permiso! Claro que le comprendo. Él esperaba la llegada de Callowan. Estaba muy ilusionado y creo que su deseo era de ingresar en la SIP. Pero ver llegar a ese Semper, en vez del jefe, le ha sentado como una ducha fría.

—¿No sigue ya la investigación?

—No, aunque nunca se puede decir nada Seguro de él. Es muy capaz de estar trabajando por su cuenta. Pero creo que lo ha arrojado todo por la borda. Yo seguiré sus investigaciones.

—¿Estaba más adelantado que tú?

—No es eso, querida. Pero tenía ideas más claras, Estaba empeñado

en que todo giraba alrededor del seguro de vida que habían contratado las víctimas.

—Eso hace recaer la culpa sobre las viudas. ¿No te das cuenta de que es imposible?

Él Sonríe.

—¿Sabes que me estás resultando una defensora de esas mujeres?

—¿Y por qué no? La señora Fonderson se ha portado estupendamente con nosotros.

—No te fíes demasiado, Helen. A veces, complacer a la esposa de un policía puede considerarse como un intento de soborno.

Ella no dijo nada.

Después de echar una nueva ojeada al reloj, Alan se puso en pie, aplastando la colilla de su cigarrillo en el cenicero.

—Tengo que irme, amor mío. Esta noche tenemos una reunión con ese agente de la SIP.

—¿Durará mucho?

—Un par de horas.

Helen se acercó al joven, enroscando sus hermosos brazos alrededor de su cuello.

—¿Por qué no salimos después, Alan? Yo podría esperarte en «Kansas». Bailaríamos un poco y pasaríamos un buen rato. ¡Tengo tantas ganas de salir contigo!

—Está bien, Helen, Yo cogeré el coche y tú podrás tomar un taxi hasta el «Kansas».

—¡Qué bueno eres!

Alan salió de su casa mucho más contento de lo que pensaba. Hubiese deseado tener, como Harry, unas vacaciones para poder viajar con Helen, llevarla a la Tierra y pasear con ella, tan preciosa como estaba ahora, despertando la envidia de todos.

Corno pensaba, dirigió el vehículo hacia el bar donde podría encontrar a Harry. Y así ocurrió en efecto: Morrison estaba allí, ante un vaso de «Whiskey».

Le sonrió al verle entrar.

—¿Cómo? ¿Te han dejado salir de la Central? —Fue su frase de saludo.

Alan se sentó junto a su amigo antes de contestar.

—Ahora voy allá. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor que tú.

—No lo creo.

Sonrieron ambos y cuando el camarero trajo la cerveza de Norton, éste, después de beber un trago, preguntó:

—¿No te aburres, Harry?

—En absoluto. Prefiero pasear, por donde sea y como sea, a escuchar los discursos de ese agente de la SIP. ¿Cómo van las investigaciones?

—Despacio. Estamos vigilando a las viudas y yo, todo hay que decírtelo, voy a intentar aclarar unos puntos. ¿Recuerdas tus proyectos?

—¿Cuáles?

—Vigilar a Helen Katz, esa joven artista que va a casarse con William Stuard.

—Sí.

—Voy a seguir ese camino. Esta mañana he estado en la «General Insurance». Le dije al director que tú te habías ido con permiso y que deseaba estar en contacto con él.

—¿Qué te dijo?

—Que Stuard había firmado una póliza A-Especial.

—¡Lo esperaba! Es como si hubiese firmado su sentencia de muerte.

—Así lo creo yo también. Pero ya tengo un par de hombres que no le pierden de vista. Y otros dos que no se separan de la muchacha ni un solo instante.

—¡Bien hecho, amigo!

—Estoy convencido de que tenías razón y de que hay que buscar por esa parte para llegar a algún resultado positivo. Es indudable, por lo que hemos visto hasta ahora, que todo el que firma esa póliza acaba mal, vigilando a la pareja, podremos, cuando se decidan a atacar a William, intervenir y detener al culpable.

—Es una magnífica idea.

Y después de una pausa, Morrison preguntó:

—¿Y tu mujer?

Alan sonrió.

—No la reconocerías, Harry, amigo mío.

—¿Tan cambiada está?

—¡No puedes imaginártelo! Ahora comprendo la belleza de esas mujeres excepcionales. Esos tipos del Instituto deben tener unas manos únicas.

—Ya veo que estás tan enamorado como si acabases de conocerla hoy mismo.

—No lo dudes. Esta noche, cuando termine en la Central, la llevaré a bailar por ahí.

—¿Así estamos? ¡Voy a tener que buscar una pelirroja que salga del «Star». Ya sabes que son las únicas que me gustan.

—Ya lo sé. Oye, Harry, ¿por qué no vuelves con nosotros?

Harry dijo:

—¿Qué quieres decir? ¿Es que has olvidado que estoy de vacaciones?

—A mí no me engañas, amigo mío: te conozco demasiado. Estas vacaciones tuyas tienen el aire de ser definitivas. Ya comprendo que te ha decepcionado el que no llegase Callowan,

—Te aseguro que no,

—No mientas. Toda tu ilusión estaba en conocer al jefe de la SIP e ingresar en ella. Pero haces mal en dejarnos, Morrison. La Brigada no es la «Space International Pólice», pero aquí trabajamos.

—No discutamos de eso, por favor. Ya te he dicho que me he tomado unas vacaciones porque las necesitaba.

—Como quieras. Esperaré a que sientes la cabeza un poco —se puso en pie—. Debo irme, Harry. Esa gente me estará esperando.

—Ten cuidado, Alan.

—No temas. Si sé algo importante, vendré a verte por aquí.

—Cuando quieras.

Se estrecharon la mano y Alan salió, dirigiéndose al lugar donde había aparcado su coche.

Le dolía extraordinariamente la huida de su amigo; porque, por mucho que Morrison insistiese, Norton sabía que aquellas vacaciones significaban que su amigo, herido en lo más íntimo por no haber podido ingresar en la SIP, había abandonado definitivamente su profesión de policía.

* * *

Justamente, en aquellos mismos instantes, la astronave «Mundo», una de las más lujosas del servicio Marte-Tierra, se posaba en la pista principal del espaciódromo marciano. Una noticia sensacional había precedido, por radio, la llegada del vehículo espacial, lo que hizo que un nutrido grupo de periodistas rodease la pasarela, pendientes de la salida de una mujer, una deliciosa pelirroja, que saludó desde lo alto de la escalera antes de —verse envuelta por la nube espesa de los chicos de

la Prensa.

Las noticias llegadas desde la Tierra habían hecho saber a los periodistas que la señorita Kathy Oliver, que acababa de obtener uno de los premios, literarios más importantes de los Estados Unidos, llegaba a Marte para esperar allí la llegada de un hombre fabulosamente rico, místico Harold Sullivan, con el que pensaba contraer matrimonio.

Kathy era alta, esbelta y su hermosa cabellera pelirroja parecía envolver el óvalo correcto de su rostro con una aureola de fuego. Sus ojos verdes ponían una nota de interesante contraste en su expresión risueña, ya que eran penetrantes y orillaban constantemente con una luz de vida intensa.

Se pusieron en marcha las máquinas tomavistas y las cámaras de televisión, al tiempo que los redactores de los más importantes periódicos y revistas de Space City, acosaban a la joven,

—¿Viene usted para mucho tiempo?

—Algunas semanas.

—¿Cuándo llegará su prometido?

—Dentro de poco.

—¿Qué obra le ha hecho conseguir el premio «Inter»?

—«Un hombre en el espacio».

—Es raro que no hayamos oído hablar de usted como escritora.

—Es mi primer libro.

—¿Qué hacía antes?

—Pensar.

—¿Dónde conoció al señor Sullivan?

—En Australia.

—¿Es joven?

La muchacha torció el gesto; después, sonriente, repuso:

—La edad de un hombre no está en su rostro, sino en su cerebro y en su corazón.

—¡Excelente respuesta! ¿Dónde se hospedará?

—En el «Palace».

—¿Piensa escribir algo en Marte?

—No. Deseo descansar un poco y cuidarme de mí misma.

—¿Dónde irán en viaje de novios?

—Aún no lo sabemos; pero, si puedo, desearía visitar los satélites de Júpiter.

—¿Cree que podrá obtener el permiso del Gobierno Internacional?

—Mi prometido lo conseguirá.

—¿Es un hombre tan importante?

Ella volvió a sonreír, mostrando la perfección de una dentadura inmaculada.

—Para mí —repuso— es el más importante del mundo. Y ahora, por favor, déjenme ir al hotel. Estoy un poco cansada.

Se abrió el pasillo, bajo los focos de las cámaras y los flashes de las máquinas fotográficas. Momentos más tarde, en un elegante vehículo, la joven se dirigía hacia la ciudad.

Al terminar la reunión de la Brigada Central, Alan abandonó el edificio con un sabor de boca especial. No estaba, ni muchísimo menos, contento de la actitud de aquel enviado de la SIP.

Esperaba, corno todos, muchísimo más de un hombre que representaba a Donald Callowan, cuya indiscutible fama había hecho pensar a los de la Brigada que su enviado solucionaría el asunto en pocos días.

Pero las cosas seguían tan estancadas como siempre, perdiéndose un tiempo precioso en discusiones bizantinas que no llevaban a parte alguna.

Se había detenido a muchísimos hombres cuyo denominador común era el poseer una fuerza hercúlea; pero, poco a poco y después de las comprobaciones del laboratorio, hubieron de ser puestos en libertad, ya que no existía ninguna prueba firme contra ellos.

La nota más angustiada en aquellas interminables reuniones era la carencia de huellas. Desde el principio, cuando quedó sentado que ni Gay Fonderson ni Gladys Stromboli podían ser culpables de asesinato, hubieron de rendirse a la evidencia y confesar, de una manera tajante, que se encontraban ante algo inexplicable.

Una tras otras, las hipótesis más descabelladas fueron siendo rechazadas por una lógica elemental que las destruía todas. Sin huellas de aquel asesino de fuerza formidable, todo lo que se quisiera hacer estaba condenado al más ruidoso fracaso.

Alan, aferrado cada vez más a la hipótesis de Harry, deseaba que el matrimonio Helen-William se celebrase, de modo a conseguir, con un poco de suerte, las pruebas que necesitaba para acabar de una vez para siempre con aquel enojoso asunto.

Los hombres que vigilaban al millonario y a su futura esposa comunicaban con él cada día, informándole detalladamente de todo. Y allí estaba la esperanza de Norton, que había procurado no decir nada

de sus planes en ninguna de aquellas estériles reuniones.

Al poner en marcha el coche, a la entrada de la Central, hizo un esfuerzo por alejar de su mente todo lo que se relacionase con Helen. Sonrió al pensar en lo que le había dicho Harry y que, después de todo, era una gran verdad: estaba enamorado de su mujer como si acabase de conocerla, como antes, en aquellos primeros días en que aún el trabajo, las guardias nocturnas y las preocupaciones de la profesión no habían disminuido, si no el amor, al menos aquella precipitada pasión del comienzo.

Ahora era diferente.

Cuando llegó al local, ella le esperaba, sonriente, atrayendo la atención de los hombres y la envidia de las mujeres. Fuertemente entrelazados, siguieron el pausado ritmo de la música que el órgano electrónico vertía sobre ellos.

La felicidad le inundó, como una ola de calor que le penetrase súbitamente por las venas.

Muy tarde, cerca de las tres de la madrugada, abandonaron el local, dirigiéndose al coche. No hablaban ni era necesario que lo hiciesen. En el cielo, las dos lunas de Marte ponían una inusitada nota de un romanticismo que los hombres de la Tierra no hubiesen podido experimentar.

—Para un momento, querido.

Él obedeció, comprendiendo los deseos de ella, y juntos, del brazo, salieron del coche, acercándose al borde de la carretera desde donde se veía, en una espléndida perspectiva, el cuadrilátero iluminado, allá abajo, de Space City.

Júpiter, mucho más grande que desde la Tierra, brillaba rodeado por miríadas de estrellas, sobre el fondo negro del cosmos.

Helen se estremeció.

—¿Tienes frío? —inquirió él.

—Un poco. He dejado mi bufanda en el coche.

—Voy por ella.

Corrió, deseoso de servir a aquella mujer que le estaba proporcionando una felicidad nueva.

Al volver, con la bufanda en la mano, sonreía. Había olvidado todas las preocupaciones y no pensaba más que en las vacaciones, en alejarse un poco del trabajo y poder gozar, en compañía de Helen, de momentos inolvidables.

Tan abstraído marchaba que no vio, ni menos pudo evitar, que

aquella silueta, que salió de la negrura de la noche, se precipitase sobre él, cerrando sus férreas manos sobre su cuello. La presión ejercida sobre él, fue tan espantosa como definitiva. Y la muerte llegó a él mucho antes de que pudiese entender lo que ocurría.

En su mano, la bufanda sufrió la presión delirante de sus dedos, y sus labios, por los que ningún sonido podía salir, ya que las manos de hierro que le estrangulaban no dejaban entrar ni salir un soplo de aire, se formó una palabra, una sola palabra que era como una postrer e inútil llamada:

¡Helen!

Capítulo VI



El hombre, joven, fuerte, con una cabellera rojiza y vestido impecablemente, penetró en el lujoso «hall» del «Palace», dirigiéndose hacia la recepción.

—¿La señora Kathy Oliver?

—¿Le espera a usted?

El joven miró al pulcro empleado y una sonrisa burlona entreabrió sus labios.

—¿No le parece que sería muchísima suerte que me espera?

—No le comprendo, señor.

—Lo creo. No; no me espera, si era eso lo que quería saber.

—Es que la señorita Oliver no recibe visitas, señor.

—Podrá, al menos, ponerme en comunicación telefónica con ella, ¿verdad?

—No sé...

—¿Tienen visófono?

El otro palideció, herido en lo más hondo.

—El «Palace», señor, tiene visófono con pantalla tridimensional en todas las habitaciones.

—Lo suponía. Haga el favor de pedir comunicación con la señorita. ¿Dónde está la cabina?

—Allí, al fondo del «hall»; pero no sé si...

El pelirrojo dijo:

—Haga lo que le digo, joven.

Atravesó el «hall», penetrando en una de las cabinas, amplias y cómodamente amuebladas. La pantalla, de más de metro y medio de lado, ocupaba uno de los ángulos.

El pelirrojo se arregló la corbata ante un espejo que había sobre un mueble, tomando asiento después ante la pantalla. Poco después, un altavoz invisible le anunció.

—«Comunicación con la señorita Oliver obtenida... ¡Atención a la pantalla!».

Ésta acababa de empezar a iluminarse y el joven vio aparecer, sobre el fondo suntuoso de una habitación regia, la figura de una muchacha indescritiblemente hermosa.

Se hallaba sentada ante la pantalla, en un sillón de líneas atrevidas y vestía una bata azul, de «nylorform», un tejido que brillaba con luz propia, poniendo reflejos azulados en todos los objetos que le rodeaban.

El joven tragó saliva, logrando una sonrisa que le costó un verdadero esfuerzo.

—¿Quién es usted? —inquirió ella.

—Me llamo Law Simon —repuso el joven— y soy detective particular.

—¿Qué desea de mí?

—Verá usted, señorita Oliver. La vi anoche por la televisión y me dije que una mujer como usted necesita a alguien que la proteja.

—¿Protegerme?

—Sí, pero entiéndame bien: ningún peligro le amenaza, sólo el zumbido impertinente de los zánganos que va a atraer usted por millares. Yo soy un hombre sencillo, acostumbrado a todo y que puede caminar a su lado sin ofuscarse.

—Estoy empezando a creerlo.

—Me alegro. Mis honorarios no son muy altos, aunque me desagrada hablar del lado material de la vida. Por cien dólares diarios, señorita, tendrá a su lado el vigilante más sensato y decidido que haya conocido jamás.

—Es que no creo necesitar un vigilante —repuso ella, frunciendo el entrecejo—. Me considero capaz de guardarme sola.

—No lo crea. Tiene usted un tremendo enemigo en su belleza.

—Muy ingenioso.

—Es la verdad. Además, usted es pelirroja y yo también. Ya conoce usted, por propia experiencia, que todos los pelirrojos somos tozudos. No me haga realizar mi trabajo sin su permiso: sería una cosa desagradable.

Ella sonrió.

—Y no olvide —insistió él, sonriendo también— que un pelirrojo trae suerte.

La muchacha suspiró.

—¿Acostumbra usted a salirse siempre con la suya?

—Francamente, sí.

La joven rió.

—Creo que me ha convencido. Admito sus servicios, honorarios comprendidos, pero con una condición indispensable.

—Estoy a sus órdenes.

—Me vigilará y me protegerá sin que yo me dé cuenta; es decir, sin dirigirme la palabra y sin entorpecer mis movimientos.

—O.K.

—Está bien. Voy a enviar a la recepción un cheque por las dos primeras semanas de honorarios. ¿Le parece bien?

Asintió:

—Es un detalle digno de usted, señorita.

La pantalla se tornó grisácea, haciendo patente que la comunicación había cesado.

* * *

La noticia de la muerte de Alan Norton cayó como una bomba en la Brigada Central. El agente de la circulación que obligó a detenerse al vehículo, después de muchas dificultades, dio parte de que la mujer que lo conducía se encontraba en un estado de terror difícilmente descriptible. Por su parte, Helen Norton explicó que, extrañada por la tardanza de su marido, que había ido a buscar su bufanda, volvió hacia el vehículo, encontrando el cadáver de Alan en medio del bosque bajo.

Aquella misma noche, reunidos como siempre —habían sido llamados los jefes y ayudantes técnicos de las Brigadas de las ciudades satélites—. Fred Smiler, el superintendente, profundamente conmovido, presentó el asunto bajo un ángulo sincero.

—La muerte de nuestro inspector Norton —dijo—. puede ser una

clara indicación de que íbamos por el buen camino. Quizás Alan supiese cosas que nosotros desconocemos o se acercó a la verdad sin sospecharlo. De todos modos, ha sido salvajemente silenciado, dándonos un ejemplo fructífero del cumplimiento del deber.

—Estamos, como siempre, perdidos en la maraña de los hechos, sin ninguna pista que nos oriente. El asesino sigue y seguirá haciendo de las suyas, sin que por el momento podamos impedir sus criminales hazañas.

»Tengo que comunicarles, no obstante, que Alan, nuestro querido compañero, había montado un servicio, según he sido informado esta misma mañana, destinado a vigilar a dos personas que parecen encuadrar en el tipo de los asesinatos que se han cometido hasta ahora.

»He ordenado que este servicio siga en acción, aunque no tenga muchas esperanzas de que nos proporcione pista alguna.

El doctor Hermond informó después:

—Del examen de la necropsia hecha a Alan Norton —dijo—, se deduce que murió de la misma forma que los dos otros hombres: estrangulamiento realizado por una persona de fuerza hercúlea. Mi compañero, el doctor Harold Freedman, de la ciudad satélite Este, que me ha ayudado, puede testificar lo mismo.

Harold asintió.

—Estoy de acuerdo con lo que ha dicho mi compañero. Es evidente —agregó— que debemos concentrar nuestras pesquisas hacia un hombre de gran fuerza que debe esconderse por alguna parte.

Harold Freedman era un hombre alto, delgado, de mirada penetrante y rostro aguileño. Procedía del Instituto de Neurología de Pasadena y había quien decía que destacó allí por sus estudios. Pero, según rumores no confirmados, el alcohol había truncado su carrera.

El representante de la SIP, agente Mickey Semper, propuso una mayor vigilancia sobre las viudas y sus fondos, controlando el movimiento bancario de sus cuentas.

—Si estos asesinatos —dijo— responden a un afán de lucro y han sido realizados de acuerdo con esas mujeres, el movimiento de sus fortunas podrá orientarnos hacia el asesino.

* * *

Estaba más nerviosa que nunca. Desde que Callowan le había encomendado aquel delicado trabajo, Kathy no había dejado de experimentar una intranquilidad creciente. Y no era aquélla la primera

misión que como agente femenino de la SIP llevaba a cabo; pero, en todas las anteriores, siempre tuvo una orientación, un objetivo, cosas que le faltaban por completo en ésta de ahora.

Nunca le habían encomendado un trabajo en el que hubiese de hacer, como en éste, de cebo. Y no cabía duda de que era así, puesto que Donald Callowan se lo había explicado detalladamente, seguro de que tarde o temprano alguien entraría en contacto con ella «para convencerla de que debía indicar a su prometido que se hiciese una póliza A-Especial».

En continua alerta, estaba pendiente de todo lo que ocurría en cada momento, sospechando de todo el mundo y viendo en cuantos se le acercaban al emisario que entraría en contacto con ella... y que podía ser el propio asesino.

La aparición de aquel curioso e inesperado detective privado la hizo saber que «los otros» estaban empezando a intentar una aproximación, ya que aquel tozudo pelirrojo no podía ser más que el primer enviado, alguien que no la perdiese de vista, facilitando, no sabía cómo, el que el jefe entrase en contacto con ella.

Aquella tarde, después de volver al hotel, tras realizar unas compras, encontró un recado que le anunciaba la visita de una tal señorita Shermuth, a la que naturalmente no conocía.

Poco después, cuando le comunicaron desde la recepción que la señorita Shermuth esperaba en el «hall», ordenó que fuese conducida a la habitación que ocupaba, en el piso catorce del edificio del «Palace». Nerviosa, esperó a que el camarero llamase a la puerta y, después de hacer pasar a la mujer, abandonase la estancia.

Carol Shermuth era, Kathy debió confesárselo mientras la contemplaba en silencio, la muchacha más bonita que había conocido. Alta, esbelta, con una línea tan graciosa como atrevida, había dejado que su largo cabello negro cayese sobre sus hombros, encerrando en un paréntesis de ébano un rostro delicioso. Tenía los ojos claros y una nariz respingona que armonizaba con su boca pequeña y bien dibujada.

Kathy, con un gesto, indicó uno de los asientos a la recién llegada.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias, no fumo.

Kathy dijo:

—¿Algo de beber?

—Eso sí.

La sonrisa demostró que la dentadura estaba a la altura de todos los

detalles de su cuerpo.

Parecía —pensó Kathy— demasiado perfecta. Ni un solo detalle rompía la perfección del conjunto. Desde el peinado descuidado, a simple vista, de los cabellos hasta la laca de sus uñas fosforescentes y el rojo de sus labios, brillantes como si sangrasen, todo había sido estudiado de una manera perfecta.

La muchacha sirvió dos vasos de Oporto, esperando que su invitada rompiese el silencio, cosa que ocurrió poco después.

—Creo —dijo la desconocida, sonriendo— que necesito presentarme. Ya sabe que me llamo Carol... Carol Shermuth. Soy una empleada importante en el más famoso Instituto de Belleza del Sistema... el «Star». ¿Lo conoce?

—Todo el mundo ha oído hablar de él, señorita, Muchas mujeres vienen a Marte para visitarlo y aprovecharse de los conocimientos de sus especialistas en estética femenina.

—Ya veo que lo conoce. El «Star» ha logrado algo que hace que una mujer que sale de sus salones lleve un sello especial, inigualable e inimitable. Todas las mujeres que han logrado los mejores partidos de Marte y muchos de la Tierra, han pasado antes por el «Star».

—Lo sé.

—Nosotros hemos sabido su llegada, señorita Oliver, y conocido sus proyectos amorosos. Sabemos, porque usted lo ha dicho al llegar, que está esperando a su prometido: mister Sullivan, según creo.

—En efecto.

—Los periódicos han hablado mucho de míster Sullivan, de sus fabulosos negocios en la Tierra, de su inmensa fortuna... ¡Es usted una mujer afortunada, señorita Oliver!

—Eso creo.

—Por eso me he atrevido a visitarla. Antes de que su prometido llegue, sugiero que nos visite, Será, puedo asegurárselo, una hermosa sorpresa para él: la más hermosa de su vida.

Algo cosquilleó en el interior del pecho de Kathy. Mujer al fin, no había dejado de observar aquella belleza que tenía ante sí, la pureza de las líneas y aquel «no-sé-qué» que hacía a Carol tan diferente, y tan superior, a todas las mujeres que había conocido hasta entonces.

Por otra parte, unas cuantas sesiones en el famoso Instituto no iban a mermar la realización del plan de Callowan. Quizá, por el contrario, aumentasen sus probabilidades de éxito al convencer a los que buscaban de que representaba perfectamente su papel.

Negándose ir al Instituto, podía hacer pensar que no era una mujer deseosa de «cazar», fuese como fuese, a un millonario y empujarle, antes del matrimonio, a contratar una de aquellas famosas pólizas A-Especial.

—Me gustaría mucho —dijo, sonriendo—; pero no creo estar en disposición de pagar un tratamiento que; seguramente, ha de ser carísimo.

—Lo es, en efecto; pero no debe preocuparse por ello. Su prometido pagará... cuando sea su esposo.

Kathy tuyo que hacer un verdadero esfuerzo para no soltar una carcajada que hubiese echado todo por tierra.

¡Donald Callowan pagando la cuenta del Instituto de Belleza a una de sus agentes!

¿No era divertido?

Pero, después de todo, si aquello jugaba una baza en el papel que debía representar, el jefe de la SIP no le perdonaría que dejase de hacerlo. Cualquier gesto, por oneroso que fuese, no detendría a Donald con tal de desenmascarar al asesino de los millonarios.

—Veo que no tengo más remedio que aceptar —dijo.

—No se arrepentirá.

—¿Cuándo podemos empezar el tratamiento? Mi prometido no tardará en llegar.

—Si se encuentra dispuesta, ahora mismo. Lo haremos lo más rápidamente posible y no le exigirá más de tres horas por día.

—Me parece muy bien.

—¿Vamos entonces?

Sin poderlo evitar, Kathy se sentía alegre, dichosa de poderse parecer un poco a aquella extraordinaria mujer,

—¡Me visto en un abrir y cerrar de ojos!

Momentos después, las dos muchachas abandonaban el hotel. La señorita Smith tenía un lujoso coche a la puerta y el vehículo las condujo al centro de la ciudad, donde en un soberbio edificio, cuya fachada copiaba exactamente la del Partenón de Atenas, estaba instalado el Instituto de Belleza «Star».

El interior, según pudo comprobar la muchacha, rivalizaba en lujo con la fastuosidad del exterior. EL servicio estaba asegurado por mujeres, muchas de ellas especialistas consumadas en Cirugía estética, masajes y afeites.

—Su belleza —le explicó Carol, mientras atravesaban salones lujosos

— sufrirá una modificación completa.

—¿Quiere decir que no me reconoceré? —se alarmó Kathy.

—¡De ningún modo! No tema. Usted y cuantos la conocen verán en su rostro la Kathy de siempre; pero sólo los ciegos dejarán de darse cuenta de que hemos aprovechado todo lo hermoso que usted tiene para llevarlo a la altura de lo sublime...

—¡Me está emocionando! —exclamó la muchacha llena de emoción.

Penetraron en una salita y Carol, señalando una cómoda chaise longue, dijo:

—Échese aquí, por favor. Vamos a inyectarle una sustancia que adormecerá solamente la superficie de su piel. Nos agrada mucho que las clientes puedan ir dándose cuenta de las transformaciones que sufre su físico.

Kathy obedeció y una mujer con bata blanca penetró momentos más tarde en la estancia, poniendo a la muchacha una inyección intravenosa, con una maestría profesional.

Poco a poco, una sensación agradable la invadió. Era como si hubiese perdido peso, como si se estuviese convirtiendo en una criatura ingravida y que, de un momento a otro, fuese a flotar sobre el suelo, sin el menor esfuerzo.

Pero, de repente, notó que se iba alejando de la realidad a pasos agigantados. La promesa de Carol estaba fallando y ella se dio cuenta de que se iba hundiendo en el borde de una inconsciencia que no tardó en ganarla por entero.

Sintió miedo.

Ahora, cuando ya era demasiado tarde y que las ideas huían de su mente a una velocidad alocada, tuvo la espantosa seguridad de que había caído en manos de los enemigos de la ley y que, estúpidamente, dejándose llevar por una peligrosa coquetería, había dado el paso que su cordura y su deber de agente de la SIP debían haberlo evitado.

Pero ya era tarde.

Una niebla fue rodeándola lentamente, oscureciéndose después con rapidez. Quiso, haciendo un poderoso esfuerzo, incorporarse, gritar, llamar la atención de no sabía quién. Pero sus músculos no le obedecían y de su garganta no brotó, en última instancia, más que un débil suspiro.

Instantes más tarde perdía la noción de la vida.

Capítulo

VII



MIL DONGT, el inspector de la Brigada, recibió la orden de hacerse cargo del grupo que Alan había destinado a la vigilancia de William Stuard y su prometida Helen Katz. Antes de despedirle, el superintendente le dijo:

—Tenga en cuenta, Dongt, que ésta es nuestra única posibilidad para saber algo. Norton comprendió perfectamente la situación, pues parece demostrado que el asesino actúa siempre en esos recién casados, después que el marido ha suscrito una póliza de seguro de vida del tipo A-Especial. Es lo único que sabemos.

—¿Cree usted que atacarán al señor Stuard de la misma manera que a los otros?

—Sí. Pero ahora no se encontrará solo, Emil. Lleva cuatro hombres y el criminal, por mucha fuerza que tenga, se encontrará ante cinco hombres decididos a todo.

—Lo comprendo.

—Sabemos —prosiguió diciendo el superintendente— que esa pareja se casa hoy por la mañana, exactamente a las once. Tienen el proyecto de pasar el día en la finca del marido, esperando la hora de la salida de la astronave que les llevará a la Tierra en viaje de nonios. No creo que suceda nada durante el día, ya que los dos asesinatos anteriores se realizaron durante la noche, así como la muerte de Alan. Está claro que

el asesino prefiere la oscuridad para actuar.

»Por eso se limitarán ustedes a vigilar la posesión de los Stuard, dispuestos a seguirles en cuanto abandonen la casa rumbo al espaciódromo. No les dejen alejarse. Les he asignado, por este motivo, un coche de los más rápidos que tenemos.

—Bien.

El superintendente Smiler estrechó la mano del inspector.

—Mucha suerte, Dongt. Y mucho cuidado.

—Gracias, señor.

* * *

Al salir del Instituto de Belleza, Kathy había sufrido una profunda transformación. Carol le había dicho la verdad al prometerle que su belleza natural sería respetada. A pesar de eso, cuando se contempló en el espejo del salón, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa y admiración al mismo tiempo.

¡No parecía la misma!

Toda la naturalidad de sus rasgos había desaparecido y la perfección estaba en todas partes, realzando su belleza de una manera asombrosa,

—¿Complacida?

—Sí.

Después de una corta pausa dijo:

—Pero usted me dijo que no me iban a dar más que una anestesia superficial..., ¡y me han dormido!

Carol sonrió.

—Siempre hacemos lo mismo, señorita Oliver. Ya comprenderá usted que el tratamiento, para obtener este asombroso cambio en tan poco tiempo, ha de ser bastante profundo.

Kathy asintió. En realidad, lo que habían hecho con ella era maravilloso y se confesó haber sido un poco precipitada en sus juicios al creer, bajo el imperio del nerviosismo que le procuraba su misión, que había cometido un error al llegar allí.

Acababa de salir del «Star» cuando alguien se acercó a ella.

—¡Creí que tendría que ir a buscarla ahí dentro!

Kathy se volvió, sonriendo al ver al detective pelirrojo.

—¡Ah! ¿Es usted? Le había olvidado por completo.

—Lo comprendo. ¿Sabe que la han puesto muy linda?

—¿De verdad?

—Sí. Es extraordinario lo que esa gente puede hacer en tan poco tiempo. Desde luego, nunca lo hubiese creído de no verlo con mis propios ojos.

—Sí, son estupendos.

—Si quiere, puedo llevarla en mi coche al hotel:

—Me parece bien. ¿Me siguió desde que salimos del «Palace»?

—¿Ésa no es mi obligación?

—Es verdad.

Le miró de reojo una vez en el asiento, preguntándose cuál sería en realidad el papel que representaba. Pero, por el momento y sin poderlo evitar, le encontraba francamente simpático.

Una vez en el hotel, el encargado de la recepción, al ver a la muchacha, le entregó un telegrama. Mientras ella lo leía, Law Simon se retiró unos pasos.

Pero ella le llamó en seguida:

—¡Eh, señor Simon!

El pelirrojo se acercó.

—Es un telegrama de mi prometido. Llega mañana.

—¡Estupendo!

Ella frunció el entrecejo.

—Tengo que hablar con él de un asunto importante; pero, en realidad, quisiera discutirlo primero con usted. ¿Quiere subir?

—¡Encantado!

Él se dio cuenta de las miradas de envidia que le lanzaban los otros hombres y se sintió complacido.

Una vez en la habitación de la muchacha, ésta le sirvió un generoso vaso de «whisky», aceptando, a su vez, el cigarrillo que él le ofreció. Sentados frente a frente, dejaron pasar los primeros minutos en medio de un agradable silencio.

Después ella dijo:

—Estaba pensando en cierta seguridad para mí, después del matrimonio.

—¿Sí?

—Sí. Y la verdad es que no había pensado nunca en ello. Harold no es joven y no quiero quedar en la indigencia si algo, por desgracia, le ocurriese.

—Muy lógico.

—¿Ha oído hablar de las pólizas-testamentos?

—¡Claro que sí! Y creo, metiéndome en cosas que no afectan a mi misión, qué es lo que le conviene: una póliza de esas llamadas A-Especial. Las hace la «General Insurance».

—¿No le parece natural que proteja mi futuro incierto?

—Es lo más natural del mundo. Yo conozco a los jefes de esa casa de seguros y puedo presentárselos cuando lo desee.

—Es usted muy amable, Simon.

Un nuevo silencio se estableció entre ellos.

Law, que estaba bajo el poderoso influjo de aquella belleza, no pudo más y preguntó:

—¿Se casa usted enamorada, señorita Oliver?

Ella enarcó las cejas.

—¿No le parece una pregunta un poco insolente?

—No es más que mera curiosidad, señorita. Comprenda esta deformación profesional mía: soy detective.

Ella sonrió.

—Pues sí, amigo mío: me caso enamorada. ¿No conoce usted a Harold?

—No.

—¡Es un hombre encantador!

—¿Joven?

—Ya le dije antes que no. ¿Por qué insistir en ese punto?

—Perdone, lo había olvidado.

—Un hombre joven tiene sus ventajas..., pero las desventajas pesan más.

—¡Ah!

—Para una mujer como yo, que busca la protección de alguien que pueda dársela, desde todos los puntos de vista, un hombre como Harold es el ideal completo.

—Debe ser verdad.

Se levantó, un tanto fríamente, despidiéndose de ella y asegurándole que seguiría protegiéndola,

Cuando llegó al «hall», notó que estaba furioso, tremendamente furioso.

Sonrió, al llegar a la puerta, pensando que se había enamorado como un estúpido de aquella muñeca; pero, al recordar las órdenes del jefe, torció el gesto, llegando a la conclusión de que no debía dejar sitio a los

sentimientos si no quería que todo el plan se viniese abajo.

Y el jefe no se lo perdonaría jamás.

* * *

El vehículo de los Stuard abandonó la residencia de éstos cerca de medianoche.

Emil puso el suyo en marcha, dejando una prudencial distancia entre los dos coches. Los cuatro policías que iban con él estaban silenciosos y Emil sonrió al pensar en la sorpresa que se iba a llevar el criminal cuando se encontrase ante ellos.

La idea de Alan había sido formidable.

¿Y el otro?

Justamente, en aquel momento, uno de sus compañeros, corno si hubiese leído su pensamiento, inquirió:

—¿Habéis visto a Harry?

—No —repuso otro—. Lo vi hace unos días en un bar. Estaba cargado de «whisky». Luego no le he vuelto a ver más.

—¡Menuda calamidad! —exclamó Emil—. Recuerdo que siempre presumía de ser un policía de mejor clase que los demás, pero nos ha demostrado todo lo contrario.

—Ha desertado.

—Y todo ¿por qué? Me dijo que aspiraba a pasar a la SIP. ¡Vaya manera de hacer méritos!

—Alan sí que era un buen policía. ¡Lástima que cayese en un cepo!

—El asesino debió seguirle cuando salió con su mujer. Le tenía miedo, ya que debió darse cuenta de que Norton empezaba a saber demasiado de todos aquellos crímenes.

—Es una lástima que haya muerto.

—Sí. Hemos perdido un buen compañero y la Brigada un excelente inspector.

Emil apretó el acelerador, acercándose un poco más al vehículo que les precedía. Llevaba los faros apagados y se guiaba por la claridad de la doble luna que dejaba sobre la superficie del planeta una claridad lechosa, cuajada en cada objeto por una doble y curiosa sombra.

—¿Cree usted que harán detener el coche?

—Es evidente. ¿Cómo quieres que intenten atacar a William si no lo hacen así? Por eso no quiero separarme demasiado.

—Tampoco estaría bien que el millonario se diese cuenta de que le

seguimos.

—No, no lo notará. Justamente, dentro de un par de millas, ya llevamos cerca de quince subiendo, empezarán las curvas y no nos verá.

Así ocurrió, en efecto. Poco después, ya en la altura de la montaña marcial, la pista empezó a describir curvas y curvas, bordeando la hondura de los abismos sin fondo, de los escalofrantes escarpados de origen volcánico.

Ninguno de ellos, pendientes todos de las manos de Emil, que conducía el vehículo con una maestría indudable, se percató del otro coche que les seguía, igualmente con los focos apagados, pero ganando terreno sin cesar.

Las curvas, cada vez más frecuentes y cerradas, impidieron que se diesen cuenta de la persecución. Así, cuando el último de los coches, aprovechando una recta, antes de una curva de las más peligrosas, salió disparado, nada pudieron hacer para evitar lo que ocurrió después.

Emil se disponía, sin dejar de acelerar, a tomar la última curva, en forma de complicado rizo. Después de aquélla, la pista descendía en una hermosa línea recta, hasta las cercanías del espaciódromo.

El otro vehículo se lanzó locamente hacia adelante, chocando con la parte trasera del de los policías. Era evidente que llevaba unos parachoques especiales, ya que el golpe fue extraordinariamente fuerte, tan intenso que proyectó al otro coche contra el parapeto, haciéndolo saltar y lanzándolo al vacío.

Rebotando contra las rocas, el vehículo se deshizo, terminando por explotar en el fondo del abismo.

El conductor del otro vehículo supo frenar a tiempo; después, echando marcha atrás, volvió a enfilarse la pista, acelerando hasta que vio el coche de William.

Encendió la emisora de a bordo.

—¡Atención! ¡Atención!

Stuard, al ver que se encendía la lámpara de aviso de su propia radio, oprimió el botón, poniéndola en marcha.

—¡Atención! ¡Atención! Hagan el favor de pararse.

—¿Qué sucede? —inquirió el millonario.

—Policía. Una pequeña comprobación, mister Stuard.

—Bien.

Frenó el coche y poco después se detenía el otro a su lado. Una voz surgió de la negrura:

—¡Haga el favor de acercarse, señor!

Refunfuñando, el millonario descendió del coche; pero antes de alejarse, se volvió hacia su esposa.

—Espera un momento, querida. Este estúpido policía no me conoce y va a recibir un buen rapapolvos.

—No tardes, cariño.

William se acercó al coche, divisando apenas, en la oscuridad de la noche, la silueta del conductor.

—¿Qué desea usted? ¿No sabe que puede costarle muy caro el detenerme de esta manera?

—Perdone, señor. Pero deseaba enseñarle algo que ha perdido y hemos encontrado.

Confiado, Stuard se acercó más y más...

Fue entonces cuando las dos manos, cuya dureza era como la del acero, salieron del coche, cerrándose alrededor del cuello del millonario. Éste se debatió desesperadamente, intentando escapar de aquel cepo mortal; pero todos sus esfuerzos resultaron baldíos.

Cuando las manos asesinas aflojaron su presa, el cuerpo de William cayó al suelo, quedando en una postura grotesca, como un muñeco desarticulado.

* * *

La llegada de Harold Sullivan atrajo a los periodistas al espaciódromo de Space City; pero, en realidad, los grandes titulares de las ediciones especiales de aquélla mañana estuvieron dedicados al asesinato de William Stuard, el tercer millonario que moría en pocas semanas y además a la muerte de cinco policías de la Brigada Central, entre los que se encontraba el inspector Símil Dongt.

El balance no podía ser más trágico: tres millonarios y seis policías.

Harold Sullivan era un hombre grueso, completamente calvo y de aspecto bonachón. Su equipaje, verdaderamente gigantesco, causó admiración a iodo el mundo, pero hubo varios que sonrieron al pensar en los motivos que podían haber empujado a la linda Kathy Oliver para «enamorarse» de aquel Buda.

Sullivan había alquilado una de las «suites» del «Palace» y su llegada fue un verdadero espectáculo, ya que fueron necesarios todos los botones para hacerse cargo del interminable número de maletas y baúles.

Desde el rincón donde solía estar siempre, el pelirrojo Simon

examinó con curiosidad a aquel hombre que, en cuanto leyese los periódicos, se arrepentiría de todo, ya que no querría ser la cuarta víctima de una serie de crímenes que la policía era incapaz de detener.

Por su parte, Sullivan penetró en el ascensor, yendo a ocupar la «suite» que había alquilado; después, tras enviar un recado a Kathy, fue recibido por su prometida que, al quedarse solos, abrió los ojos con estupor.

—¡Usted no es...!

Sullivan sonrió.

—Sí, soy el mismo, pequeña. ¿Sabes que te han puesto muy guapa? ¿Dónde has ido?

Kathy dijo:

—Al «Star», señor Callowan.

—No me llames así. Aquí, hasta que todo acabe, soy Harold Sullivan. ¿Han hecho algo por entrar en relación contigo?

—Sí. Un hombre, un pelirrojo, se ofreció como detective privado. Luego me habló del seguro de vida de la «General Insurance».

—¡Ah!

—Me aseguró que era conveniente y se ofreció, ya que dijo que tenía amigos en esa compañía.

—Comprendo. Y además de ese joven detective, ¿no ha habido nadie más que te haya hablado?

—Nada más que Carol Shermuth.

—¿Quién es?

—La empleada del «Star».

—Muy bien. Voy a regresar a mi habitación y mañana iré a la «General Insurance». Hasta luego, pequeña.

—Adiós.

Capítulo VIII



El falso millonario Harold Sullivan, al día siguiente, después de atender nuevamente a los periodistas, a los que declaró, sonriendo.

Que no era supersticioso y que no temía lo que había ocurrido con los otros tres millonarios, se trasladó a las oficinas de la «General Insurance», siendo recibido, en su despacho particular, por el director.

Era un hombre frío que miró de arriba abajo al visitante.

Harold dijo:

—Deseo un seguro A-Especial para seis millones de dólares.

—La compañía no volverá a hacer ninguno de esos seguros, míster Sullivan,

—¿Puedo saber por qué?

—¿No lo sabe?

—Prefiero oírlo de sus labios.

—Bien —había un aire de completa resignación en la expresión del director—. Ya no es ningún secreto: estamos casi totalmente arruinados. Hemos tenido que pagar tres pólizas, en un intervalo muy pequeño y con unas pérdidas escandalosas. Pensamos cerrar.

—No lo hará —y sacando una carta se la entregó al hombre—. Lea esto y empiece a alegrar esa cara: pronto habrá recuperado sus pérdidas.

El director leyó la misiva y su expresión pasó por tantas variantes que su interlocutor no pudo por menos de sonreír.

—¿Así —inquirió el hombre— usted es un enviado del servicio de la SIP?

—Eso es.

—¿Y cree que podrá solucionar este terrible asunto?

—Eso espero.

Un asomo de sonrisa entreabrió los labios del director.

—Conozco, naturalmente, de nombre al que firma esta carta: Donald Callowan. Debe de ser un hombre formidable.

Sullivan estuvo a punto de enrojecer.

—No lo crea —repuso—: es un hombre corriente.

—Puede usted contar con ese seguro, míster Sullivan. Aquí se dice también que interesa se haga una publicidad extensa sobre el asunto.

—En efecto. La prensa debe comunicar la cuantía de este falso seguro y la importancia que tiene para ustedes. Dé todas las cifras que quiera y cuantos detalles juzgue oportunos.

—Así lo haré. ¿No teme caer en un cepo?

—¿Qué quiere usted decir?

—Verá... —dudaba, buscando las palabras exactas—. Cuando ocurrió el segundo caso, el del desgraciado míster Stromboli, nos permitimos aconsejar al siguiente; es decir, al señor Stuard, que era muy peligroso lo que iba a hacer. Nos dijo que no le pasaría nada y que no temía nada.

—Es comprensible.

—Pero, por otra parte, nadie comprende esos crímenes. ¿Para qué han servido? Las viudas han recibido las primas, pero nadie, parece haberse aprovechado hasta ahora.

—Ése es uno de los misterios que nos proponemos resolver. En fin, amigo mío, muy agradecido por todo.

—Estoy a su servicio.

Se despidieron y Sullivan abandonó el edificio, seguro de que iba a darse al asunto la publicidad que él deseaba.

Al llegar al hotel, se encontró justamente con Kathy, que salía en aquel momento.

—¿Dónde vas, querida?

—Al «Star». Hoy es la tercera sesión. Volveré en seguida,

—¿Es posible que alguien pueda aumentar una belleza como la

tuya?

Ella se sonrojó, sabiendo de dónde venía el cumplido,

—¡Por Dios, señor...!

—¡Silencio, pequeña! Y no olvides que debes tutearme en público. Hasta luego.

—Adiós.

La vio alejarse, seguida por las miradas de todas las personas que había en el «hall». También vio qué un hombre, de pelo rojizo, que estaba sentado en un rincón, se levantaba, saliendo tras la muchacha.

Los ojos de Sullivan brillaron con intensidad.

Luego sonrió.

* * *

Después de la publicidad extraordinaria que la «General Insurance» dio a la última contratación hecha con Sullivan, éste convocó a los periodistas diciendo que había comprado una casa en los alrededores de Space City, donde pensaba pasar su luna de miel, ya que desistía de hacer un viaje de novios a la Tierra.

—Mi prometida y yo —explicó— necesitamos un descanso en esta tierra de Marte. La quietud será mucho mejor para nosotros que un viaje fatigoso. Por otra parte, tenemos mucho tiempo por delante para viajar. No, no pongan esas caras, señores: yo no seré víctima del asesino de millonarios recién casados.

Aquellas manifestaciones dejaron sorprendidos a los chicos de la prensa, que llenaron sus primeras páginas, con los más grandes titulares que poseían, hablando, sin cansarse, de la sangre fría de aquel hombre que lanzaba un desafío al desconocido asesino.

Kathy había dejado de ir al «Star» porque verdaderamente no lo necesitaba. Su belleza llamaba la atención allí por donde pasaba y el hombre del pelo rojo notó que ella le hacía menos caso, prefiriendo, en las pocas ocasiones que podían hablar, mirarse a un espejo que prestar atención a sus palabras.

Law Simon sufría.

Se dio cuenta, desde el principio, que aquella mujer le había sorbido el seso; pero, en el fondo, cuando pensaba en ello, sonreía, seguro de que no iba a tardar mucho en caer el telón, dejándole el campo libre para decir a aquella coqueta las cuatro cosas que tenía guardadas para ella.

Pasaron ocho días interminables para todos, hasta aquella mañana en que Harold Sullivan y Kathy Oliver contrajeron matrimonio en la alcaldía de Space City.

Se celebró un banquete en los salones del «Palace», y al caer la tarde, cuando las cámaras de televisión y las fotográficas hubieron agotado todos los planos imaginables, los recién casados abandonaron el hotel y subieron a un magnífico birreactor último modelo, que el marido conducía y que les llevó, por la ruta de ciudad satélite Norte, hasta la propiedad que Harold había comprado.

La mansión, moderna, deliciosa, de dos plantas, estaba situada en lo hondo de un espeso bosque, todo él de plantas importadas de la Tierra, ya que Marte carecía casi por completo de vegetación.

Era ya de noche cuando el coche se detuvo junto a la entrada y la pareja, después de abandonarlo, penetró en el interior de la casa donde, como habían comunicado a la prensa, para estar más tranquilos, no habían admitido, por el momento, servidumbre alguna.

En realidad, una instalación súper moderna ofrecía cuantas comodidades hubiese procurado una servidumbre de lo más escogido y selecto.

El «hall» estaba separado del salón, un rincón maravilloso, por un arco rústico que recordaba ciertas construcciones del Tiro! Allí se sentaron, sirviendo él unas bebidas.

—¿Estás cansada, Kathy?

—¡Uh —sonrió—. Es curioso, pero no creía llegar hasta el final. La comedia duraba demasiado.

—Era necesario, pequeña. Ya sé que no se debe jugar con algo tan importante como una boda para una mujer. Pero no había más remedio.

—¿Cree usted que ocurrirá algo, señor Callowan?

—No lo sé. ¿Tienes miedo?

—No.

—Así me gusta.

—En realidad, nunca he creído que pudiésemos sacar nada en limpio con esta pantomima, Pero como usted estaba seguro del triunfo.

Donald sonrió.

—Nunca se puede estar seguro, Kathy. Pero hay que hacer algo.

—Es verdad.

Se había quitado el asomo de sombrero que llevaba y se alisaba los rojos cabellos, mirándose, de reojo, en uno de los espejos del salón.

—Creo que voy a descansar un poco.

—Me parece bien.

—¿Y usted?

—Yo me quedaré aquí, leyendo y viendo la televisión. Quizá duerma un poco más tarde. Aquí hay un sitio excelente.

Y señaló el amplio sillón desplegado que había en un rincón.

—Buenas noches, señor Callowan.

—Duerme bien, Kathy.

Al estar solo, Donald encendió la televisión, sirviéndose de beber; luego encendió un cigarrillo.

Su mente trabajaba a superpresión.

Durante dos horas, sin hacer mucho caso a los programas que se sucedían en la pantalla, Callowan pensó en los detalles de aquel asunto. Había muchas cosas que se iban aclarando en su cerebro, pero otros detalles se le escapaban por completo.

Había que jugar para ganar o perder.

Era la ley.

Aunque, en aquella ocasión, estaba seguro de que el cepo era él mismo y el precio a pagar era su vida.

Creyó, en una ocasión, cuando había cerrado la televisión, oír un ruido extraño fuera de la casa, en el jardín. Pero, prestando el oído, no volvió a escuchar nada, acabando por echarse en el sofá, luchando contra el cansancio que le iba venciendo poco a poco.

La muerte rondaba a su alrededor.

* * *

Simon detuvo el coche a unos doscientos metros de la casa. Nadie le había visto al venir y cuando avanzó, por entre los árboles, no tardó en ver, al reflejo de la lámpara que brillaba fuera, a la entrada de la mansión, el lujoso vehículo de los Sullivan.

Sonrió.

Se acercó con todo cuidado, procurando hacer el menor ruido posible; no obstante, una de las veces, cuando reconocía la fachada, pisó una rama y el ruido le inmovilizó, haciéndole contener hasta la respiración.

Guando el silencio volvió a adueñarse de todo, el pelirrojo se siguió moviendo, dando la vuelta a la casa y buscando un lugar para entrar. Su misión empezaba allí y, en el fondo, estaba contento de que la ocasión

se hubiese presentado.

Al comprobar que todos los postigos de las ventanas estaban sólidamente afianzados, optó por intentar violentar la puerta de la cocina, que daba a la parte posterior de la casa. Utilizando un sistema de ganzúas magnéticas, venció finalmente la resistencia de la cerradura electrónica, logrando penetrar silenciosamente en la casa.

Toda aquella parte de la casa estaba sumida en la oscuridad.

Guiándose a tientas, atravesó un largo pasillo, penetrando, finalmente, por una puerta lateral que daba al salón. Desde el umbral vio una pequeña lámpara encendida y la silueta vaga de un hombre que dormía sobre uno de los sillones.

No podía ser más que Sullivan.

Sonrió.

Moviéndose, con toda clase de precauciones, siguió avanzando, deteniéndose junto al arco. Entonces un ruido apagado de pasos, que provenía de la escalera, le inmovilizó, obligándole a esconderse rápidamente entre los cortinajes que cubrían aquella parte de la estancia.

Los pasos se hicieron más firmes y una silueta apareció, dibujándose el contorno de su cuerpo al reflejo de la pequeña lámpara.

Era Kathy.

Justo en aquel momento Donald se despertó, mirando a la muchacha que se acercaba.

—¿Ocurre algo, querida? —inquirió, aún medio dormido.

—¿No has oído unos pasos fuera?

—Escuché un ruido antes de dormirme. ¿Tienes miedo?

—Un poco. ¿Por qué no echamos una ojeada?

—Bien. Vamos.

Sullivan se levantó pesadamente y encendió la luz del «hall»; después avanzó hacia la puerta y pulsó los botones que abrían la cerradura electrónica. La puerta se abrió sola, sobre la cerradura que le servía de pivote.

Kathy estaba detrás de él.

Sullivan avanzó unos pasos, saliendo al exterior, siempre seguido por la muchacha. Entonces, en aquel preciso instante, una silueta salió de las cortinas, avanzando rápidamente hacia la puerta de la casa.

Al llegar al exterior, el hombre sacó un objeto del bolsillo y, levantándolo, lo descargó con fuerza sobre la cabeza de Kathy.

Ésta se desplomó sin sentido.

* * *

Una luz roja se encendió en el cuadro de mandos del aparato.

El hombre de bata blanca que lo manejaba torció el gesto.

—Ha habido un contacto.

Carol, a su lado, entornó los ojos.

—Es imposible, doctor Freedman. No puede ser.

Él señaló la luz.

—No puede haber duda. Cuando esta luz se enciende es que hemos perdido el contacto con el sujeto.

Hubo una larga pausa.

—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

—Enviar refuerzos. ¿Están dispuestos?

—Yo no había preparado nada, doctor. Nunca creí que fallásemos.

—¡Pues así ha ocurrido! Vaya al analizador y mida las intensidades actuales de los tres sujetos que usted sabe.

Carol dijo;

—Está bien.

La muchacha se alejó, dirigiéndose a un aparato que parecía una sección de control de una emisora televisora. Multitud de pantallas diminutas cubrían casi por completo la cara anterior del aparato.

Carol conectó, esperando que tres de ellas se iluminasen; luego, al conseguirlo, maniobró complicados mandos, hasta que se unieron las luces vagas que se veían en las pantallas, formando una línea quebrada de intensidad oscilante.

—¡Doctor!

Harold Freedman se acercó y miró a las pantallas.

—Están algo bajas esas intensidades. Incremente a dos mil.

—¿Tanto?

—¡Obedezca! Necesito fuerza y decisión... ¡Mucha fuerza!

—Bien.

Nuevos mandos produjeron cambios sensibles en las líneas luminosas de las pantallas, cuyo brillo creció en pocos segundos, hasta tomar caracteres de intensidad cegadora.

—Dos mil —anunció la muchacha.

—Conecta ahora con mi aparato.

Ella obedeció.

Colocándose una especie de micrófono, perfectamente adaptado a los labios, el doctor habló, en voz apenas audible, frunciendo el entrecejo a medida que daba órdenes terminantes.

Las líneas luminosas danzaban locamente en las tres pantallas. Luego se apagaron de golpe.

—¡Contacto pleno, doctor!

El hombre sonrió.

—Está bien.

Desconectó los cuadros y todo quedó en silencio.

—Hay que esperar un poco —dijo—. Cuando los sujetos hayan llegado al objetivo, se encenderán las luces de control y entraremos en contacto nuevamente con ellos.

—Lo que no me explico es el fracaso...

—Todo es posible. El hombre debía conocer o sospechar algo y se defendió en última instancia.

—¡Pero eso es imposible! La fuerza no puede detenerse.

—No sé..., En el fondo, tiene usted razón, Carol.

Pero no se alarme. Todo se arreglará. Hemos resuelto problemas más difíciles que éstos. No vamos a dejar escapar esta ocasión: es la prima A-Especial más importante que se haya hecho jamás.

—¿Y después?

El hombre se encogió de hombros.

—Después —dijo—, descansaremos. ¿No lo merecemos?

Ella sonrió.

—Sí, nos lo merecemos, doctor.

Encendiendo un cigarrillo, el hombre se acercó a la ventana, y miró a las luces de la ciudad dormida.

—Ha sido un trabajo largo, pero fructífero —dijo.

Una media hora después, cuando esperaban, sentados en sendos sillones, tres luces se encendieron en el cuadro de control.

—¡Ya han llegado, doctor! —exclamó la muchacha.

—Sí. Vamos a enviar el máximo de energía y dar la orden de ataque. Dentro de unos minutos todo estará arreglado.

Y avanzó hacia su portentoso aparato, con una sonrisa que era como un anticipo del triunfo que le esperaba.

Capítulo IX



DONALD se volvió a toda velocidad, en el preciso momento que el pelirrojo golpeaba a Kathy.

Los dos hombres se miraron, en silencio.

—No la habrá hecho mucho daño ¿verdad? —inquirió Callowan.

Simon movió la cabeza.

—No creo, pero ya tenía los brazos extendidos hacia usted. Un par de segundos más y la cosa se hubiese puesto bastante fea.

Y lanzó un suspiro.

—Vamos a llevarla dentro. ¿Trajo lo que le dije?

—Sí.

El pelirrojo se adelantó, cogiendo a la muchacha con toda clase de cuidado. Después, caminando tras de Donald, penetró en la casa.

Law siguió hasta un diván donde dejó a Kathy; luego, fue hasta la cocina y tomó la cartera que había llevado hasta la casa. Sacó dos pares de esposas, colocando uno en las muñecas de Kathy y otro en los tobillos.

—Hay que llevarla arriba —dijo el jefe de la SIP.

—Bien.

Donald le guió, indicándole una habitación, al fondo del pasillo del piso superior. Una vez que la muchacha estuvo tranquilamente tendida

en el lecho, Donald, después de cerrar la puerta, abrió un armario empotrado, del que sacó una amplia red, casi invisible, que tendió a todo lo ancho del pasillo, ante la mirada asombrada del pelirrojo. Un poco después, con un hilo que pendía de la red, recorrió el pasillo, adaptándolo, por medio de un conector complicado, a la red eléctrica de la casa.

Se volvió al otro sonriendo.

—Hay que ser prudentes. Por lo menos hasta que llegue el doctor Hermond.

—¿Tardará mucho?

—No lo creo.

Justamente, en aquel momento, un vehículo se detuvo no muy lejos de la casa.

—Debe de ser él —dijo Simon.

Pero Donald frunció el entrecejo.

—No sé... es extraño... yo esperaba más vehículos.

Y movido por una rara intuición, se acercó a la ventana que daba a la fachada.

—Venga —ordenó.

Law obedeció y ambos se colocaron en la ventana. La mano derecha de Donald se posó sobre los conmutadores que tenía al lado.

Donald dijo:

—Ordené que pusieran unos reflectores aquí. Veremos quién es en cuanto se acerque.

El silencio era completo.

Pasaron diez minutos sin que nada sucediese; luego, poco a poco, el ruido de unos pasos sobre la arena del camino, llegó hasta ellos.

—Se acercan —musitó Simon.

—Sí.

Los pasos se detuvieron poco después, reanudándose al poco tiempo. Era como si los que se acercaban dudasen en hacerlo. Pero cuando se decidieron, Donald encendió los reflectores.

—¡Santo Dios! —exclamó el pelirrojo—. ¡Son ellas!

Cegadas momentáneamente por la luz de los focos, las tres mujeres se detuvieron. Pero su parada no duró más de un par de segundos. Después, corriendo, se dirigieron hacia la casa, saliendo de la zona iluminada.

Un estrépito formidable sonó abajo,

—¡Están tirando la puerta!

En efecto, instantes después, la puerta principal caía, como si la hubiesen arrancado de cuajo.

—¿Has traído tu pistola? —inquirió Donald, tuteándole por primera vez.

—Sí.

Se dirigieron hacia el rellano de la escalera. La luz de abajo estaba encendida y dejaba ver a las tres mujeres que, después de haber tirado la puerta, recorrían las habitaciones como tres furias desencadenadas.

Hasta que una de ellas, levantó la cabeza y los vio.

—¡Están ahí arriba! —gritó.

Donald rugió entonces:

—¡Saca la, pistola y procura tirar a las piernas!

El otro, siguiendo las instrucciones del jefe de la SIP, sacó el arma e hizo fuego contra la primera que subía ya las escaleras. Debió coincidir con el disparo de Donald, porque la mujer, tocada en ambas piernas, se desplomó pesadamente.

Otra de ellas se refugió rápidamente detrás de una columna y la tercera, apoderándose de un pesado sillón, lo lanzó sobre los hombres como si se hubiese tratado de un cojín de plumas.

El mueble, que debía pesar bastante más de cien kilos, describió una rápida parábola, cayendo sobre los dos hombres que no tuvieron tiempo para evitar el proyectil.

Ambos rodaron por el suelo.

Aprovechando aquella circunstancia, las dos mujeres subieron las escaleras de cuatro en cuatro. Donald, que habla logrado zafarse del mueble, saliendo por un lado, se vio entre dos manos poderosas que lo levantarán por el aire, lanzándolo escaleras abajo.

Se encogió, mientras daba tumbos, para evitar golpearse en la cabeza.

Entre tanto, las dos mujeres buscaban rabiosamente al pelirrojo que, debajo del mueble, se consideró irremisiblemente perdido.

Un disparo estalló en el salón.

Una de las mujeres vaciló; llevándose la mano a la pierna derecha que sangraba abundantemente; luego, girando como una peonza, cayó al suelo, junto al mueble.

Pero la otra habla logrado coger a Simon por la manga de la chaqueta. Del primer tirón, la tela se desgarró hasta la espalda, como si

se tratase de una tenaza poderosa; luego, la mano derecha de la mujer se afianzó en la muñeca de Simon y éste pensó que un cepo de acero se había cerrado sobre su carne.

De todos modos, seguro de que los huesos de la muñeca iban a ser reducidos a papilla, resistió cuanto pudo, maldiciendo el instante en que había dejado caer la pistola.

Ella tiraba de él y Law, agarrado con la otra mano a una pata del sillón, sintió que sus fuerzas iban en disminución y que no podría resistir mucho tiempo más.

De repente, su enemiga dio un tirón violento y el muchacho lanzó un grito de dolor.

¡Le había desarticulado el brazo!

Intentó, en un supremo esfuerzo, resistir un poco más; pero el dolor era tan intenso, tan intolerable, que terminó perdiendo el conocimiento.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios de la mujer.

Tiró un poco más, atrayendo el cuerpo de Simon hacia ella; luego, sus manos buscaron el cuello de su víctima.

Pero en aquel momento, Donald, que había logrado subir quedamente las escaleras, ya que el cuerpo de la muchacha estaba protegido por el mueble y no pudo, por eso mismo, disparar contra ella, se irguió, descargando un formidable culatazo sobre la cabeza de la joven, que se desplomó como fulminada por un rayo.

La frente de Callowan estaba cubierta de sudor.

Permaneció allí, respirando fatigosamente, hasta que el ruido de unos vehículos, que acababan de detenerse junto a la escalera, le hizo volver a la realidad.

Bajó las escaleras,

Se sentía dolido, fatigado, deshecho.

Momentos después, Mickey Semper, seguido por el doctor Hermond, el superintendente Smiler y una docena más de policías entraban en la casa.

—Inyéctelas en seguida, doctor —dijo Donald.

Pero, en aquel momento, un escándalo espantoso estalló en el piso superior, y Donald, seguido por Mickey y Smiler, corrió escaleras arriba, hacia el pasillo del piso superior.

Al llegar allí, vieron que la puerta de la habitación del fondo saltaba en pedazos y que Kathy, con los ojos inyectados en sangre, salía... ¡sin más restos de las esposas que los eslabones cortados limpiamente!

Al verlos, la muchacha lanzó un grito de rabia, precipitándose hacia

los hombres.

Smiler, pálido como el papel, retrocedió unos pasos.

Pero al llegar junto a la red, que era casi completamente invisible, un relámpago cegador salió de ella, lanzando a Kathy de espaldas, sin conocimiento.

—¡Rápido, doctor!

Carl Hermond, que estaba ya junto a ellos, pasó la red, después de que Donald la hubo desconectado, pinchando a la muchacha en el brazo.

—¿Y las otras? —inquirió Callowan,

—Ya las he inyectado. También he visto a un hombre.

—Tenga mucho cuidado al moverle. Creo que le han desarticulado un brazo.

—Lo llevaremos a la clínica.

—Sí. Llévelo y también a estas muchachas. No creo que las que hemos herido estén muy graves.

—No. Ya he visto que han disparado con cuidado. Se recuperarán.

—Perfectamente. —Donald se volvió a los otros—. Nosotros —dijo— tenemos mucho trabajo esta noche. ¡Vamos!

Salieron de la casa, dejándole al doctor un par de hombres para que le ayudasen a trasladar a los heridos a la clínica.

Los otros dos coches se dirigieron a toda velocidad hacia la ciudad.

Smiler miraba, de reojo y con admiración, la faz sudorosa de aquel extraño personaje que, en aquellos momentos, estaba arrancándose la falsa calva que le cubría la cabeza.

* * *

La frente del doctor Freedman se plisó con innumerables arrugas.

A su lado, Carol, que había seguido los manejos del otro y visto lo que los aparatos habían marcado, estaba intensamente pálida.

—No puedo explicarme nada —dijo él,

La muchacha señaló las pantallas.

—Las oscilaciones han desaparecido, doctor.

—Ya lo sé, pero ha habido pruebas de que los sujetos han actuado con éxito. No lo comprendo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Esperar. No podemos hacer otra cosa. Es muy posible que algunas

conexiones hayan fallado y esas muchachas se presenten después. No pueden haber fracasado en modo alguno.

Se apartó del aparato, dejándose caer en un sillón; luego se secó la frente.

—Tenemos que esperar —dijo.

Y se quedó medio adormecido.

Carol, después de contemplarlo largamente, desconectó silenciosamente los aparatos y salió de la estancia sin hacer ruido. Tampoco comprendía ella lo sucedido.

Anduvo de un lado para otro, atravesando las silenciosas y desiertas salas del Instituto; después, también cansada, se dirigió a su habitación con el deseo de tenderse un poco.

Fue al echar las cortinas de su habitación cuando oyó llegar a numerosos vehículos, cuyos faros iluminaban ampliamente la calle. Asomándose con cuidado, se percató de que todos aquellos coches pertenecían a la policía.

Un pánico horroroso se apoderó de ella.

Salió de su habitación y corrió hacia la sala del laboratorio, despertando bruscamente al doctor Freedman.

—¡La policía! ¡La policía! —gritó.

Asustado, Harold se acercó a la ventana, comprobando lo que acababa de decirle ella.

—¡Estaros perdidos! —exclamó, mordiéndose los labios.

La muchacha le miró con intensa fijeza.

—¡Harold! —exclamó.

El la miró, extrañado del tono de su voz.

—¿Qué quieres, Carol?

Entonces, ella se lanzó a sus brazos, apretándolo contra su cuerpo mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

—¡Harold! ¡Amor mío! ¡Deja que te defienda contra todos esos cobardes! Conecta mi sistema y los destrozaré antes de que puedan hacerte el menor daño.

Una sonrisa apareció en los delgados labios del doctor.

Había sospechado, desde hacía mucho tiempo, que la muchacha estaba enamorada de él, pero una duda, la que sólo el dinero la atrajese, le detuvo siempre, impidiendo con su frialdad que ella se manifestase.

Ahora era distinto.

Ella acababa de demostrarle la pureza de sus sentimientos y él, por

unos instantes, se sintió conmovido. Pero aquella sensación desapareció al considerar el peligro que se cernía sobre él.

Lo verdaderamente importante, aunque aún no sabía cómo, era escapar. Y si para lograrlo aquella estúpida se prestaba a su juego, podía darle una ocasión magnífica.

—¡Utilízame, amor mío! —insistió ella.

—Bien. Lo haré.

Se acercó al aparato y lo conectó rápidamente, iluminándose la pantalla que correspondía al circuito de Carol. Ésta, cuando la conexión electrónica se hizo, se quedó rígida, con los ojos cerrados, como bajo la acción de un fuerte poder hipnótico.

Freedman se acercó al minúsculo micrófono.

—¡Mata, Carol! ¡Yo te lo ordeno! ¡Ve en busca de esos que quieren entrar en la casa y destrózalos.

Ella se estremeció, como si las pérfidas palabras de su amo y señor despertasen en su cuerpo desconocidas energías.

Abandonó la estancia.

Bajando por las escaleras, mientras el ruido que hacían los de fuera al intentar tirar la puerta resonaba por toda la mansión, Carol se acercó a una mesa, arrancando una pesada pata como si hubiese sido de papel.

Luego fue hacia el «hall».

Precisamente, en aquel momento, los policías habían logrado desarticular los goznes de la puerta y ésta caía bruscamente hacia adelante, en medio de un estrépito formidable.

Sin dudar, la muchacha, con la pata de la mesa en la mano, se lanzó como una furia contra los primeros hombres que entraron. Dos de ellos, sorprendidos y sin comprender lo que pasaba, cayeron con el cráneo abierto.

Sonó entonces un disparo.

Un orificio apareció en la frente de Carol que, vacilando, dejó caer su arma, desplomándose pesadamente en el suelo.

Mickey, con el revólver aún humeante, penetró en el «hall», seguido por Donald y los demás.

—¡Procurad no tirar más que a las piernas! —Gruñó el jefe de la SIP.

Sin embargo, comprendía que Semper hubiese tirado a matar, sobre todo al ver el horrible espectáculo de los dos policías que yacían en el suelo en medio de un charco de sangre.

Subieron por las escaleras.

Arriba, el silencio era completo y temiendo que hubiese escondidas otras mujeres esperándoles, Donald avanzó cuidadosamente, con el arma en la mano.

Cuando llegaron ante la puerta del laboratorio, alguien disparó desde el interior, hiriendo a un policía, que cayó de bruces al lado de Callowan.

—¡Cuidado!

Se protegieron, y Mickey, sin esperar orden alguna, se lanzó como una catapulta humana contra la puerta, arrancándola de sus goznes.

Penetraron todos en tromba.

Pero no hubo necesidad de lucha alguna, ya que el profesor, al verse rodeado, dejó caer el arma.

Smiler, que seguía a Donald, miró con los ojos desorbitados al médico de la Brigada de la ciudad satélite Este.

—¡Usted!

Harold sonrió.

—¿Linda sorpresa, eh?

Mickey le había puesto ya las esposas y lo arrastró fuera, mientras el resto de los policías seguían registrando el edificio.

Momentos después, un inspector se acercó a ellos, que ya estaban en el vestíbulo.

—¡No hay absolutamente nadie!

—Bien. Quédese aquí con cinco hombres y no deje que nadie entre en el edificio.

Después de dadas aquellas órdenes, Donald salió, dirigiéndose hacia el coche que le esperaba.

Smiler estaba a su lado.

—No comprendo —dijo.

—Ya lo entenderá. Ahora vamos a la Central donde encerrará usted a ese hombre, registrándole antes. No quiero que se envenene: necesito sus declaraciones.

—Pierda cuidado.

—Quiero ir al hospital para ver qué ha logrado el doctor Hermond. ¿Han recogido el cadáver de esa mujer?

—Sí. Va en ese coche de atrás.

—Perfecto. Nos lo llevaremos al hospital.

Los vehículos se pusieron en marcha, haciendo funcionar las sirenas. La ciudad dormía aún.

Estaba amaneciendo.

Capítulo

X



—UÉ doctor, ¿ha conseguido algo?

Carl se secó la frente.

—Todavía no. Señor Callowan. Me he limitado a curar. Una de las mujeres estaba muy grave: la bala le atravesó la safena.

—¿Está ya fuera de peligro?

—Sí.

—¿Y el muchacho?

—Ya le he colocado el brazo en su sitio. ¡Menudo tirón! Le habían sacado la cabeza del húmero de la cavidad cotiloidea. Pero estará bien en seguida.

—Le hemos traído un cadáver de una de las mujeres a la que mi ayudante se vio obligado a matar. Creo que debería usted empezar por ella.

—¿Dónde está?

—Abajo, en la sala de autopsias,

—Voy a trabajar ahora mismo con ella. ¿Viene usted?

—No. Me quedaré en este despacho: he de llamar a Smiler y darle las últimas instrucciones. ¡Ah, se me olvidaba! ¿Cómo está Kathy?

—Bien. Sufrió una conmoción por descarga eléctrica, pero ya se ha recuperado bastante.

—No las saque usted del estado hipnótico hasta que no hayamos aclarado las cosas.

El médico sonrió.

—No tema, señor Callowan: no tengo ganas de morir estrangulado.

El médico se alejó y Donald estableció comunicación con la Brigada. Smiler apareció inmediatamente en la pantalla del visófono.

—¿Diga?

—¿Han encontrado a Helen Norton?

—Sí.

—¿Sin pelea?

—Sí. Hemos seguido sus instrucciones y le inyectamos una fuerte dosis de pentotal. La sorprendimos dormida.

—Mejor que mejor. No olvide tampoco, Smiler que ha de concentrar a todas las mujeres que han sido clientes del «Star», por el mismo procedimiento. No las despertaremos hasta que el doctor haya llegado a alguna conclusión positiva.

—¿No se sabe nada aún?

—Nada. Pero pronto lo sabremos. El doctor está haciendo una necropsia y descubrirá, la verdad.

—Muy bien. ¿Desea algo más?

—Nada por el momento. Gracias.

Mickey entró en aquel momento.

—¿Algo nuevo? —inquirió Donald.

—Nada. ¿Y usted?

—Todavía nada.

Se sentaron, encendiendo sendos cigarrillos.

Toda una larga hora pasó antes de que el doctor Hermond penetrase en el despacho. La expresión de su rostro era radiante.

—¡Ya lo tenemos! —dijo.

—Siéntese, por favor. Y encienda un cigarrillo. Le tiemblan las manos.

Carl sonrió.

—No es extraño, señor Callowan. He pasado los momentos más emocionantes de mi vida profesional.

Encendió el cigarrillo y los otros dos esperaron, en silencio, hasta que el médico empezó a hablar.

—Es verdaderamente diabólico —dijo—. Jamás hubiese sospechado algo tan tremendo.

—¿De qué se trata?

—Al llegar la autopsia de esa desdichada no encontré nada, absolutamente nada en el cuerpo. Después de la fuerza hercúlea que nos demostró, yo esperaba algo raro; pero, en realidad, no descubrí más que algunos desgarrs musculares.

—¿Entonces?

—Fue al examinar el cráneo cuando encontré lo que buscábamos. Era tan delicado y pequeño que casi me pasó desapercibido a la primera ojeada. Se trataba de una docena de minúsculos clavitos, introducidos en las zonas cerebrales de la voluntad y del mando muscular.

—¿Aparatos?

—Ni siquiera eso. Conexiones sencillas; es decir, excitadores capaces de recibir el influjo de un tren de ondas que los hacían funcionar.

—Es curioso.

—Hace ya muchísimos años, en 1959, un profesor nórdico experimentó en un hombre, con el consiguiente escándalo, colocando en su cerebro una serie de polos que estaban unidos a un aparato de impulsos eléctricos. En realidad, aquel aparato no era más que una variación del electroencefalógrafo corriente, con la variante de que en vez de recibir los impulsos eléctricos del cerebro, los enviaba a él.

»Los avances en la electrónica han permitido a Freedman poder enviar esos impulsos por medio de un emisor, sin que la distancia que le separase del sujeto tuviese la menor importancia.

—¿Actuaban esos impulsos sobre la voluntad?

—Sí, pero sólo frenándola, anulándola. Al lograrlo, dejaban al sujeto en disposición de obedecer los impulsos auditivos que recibía. Pero, además, y eso es lo más interesante, he encontrado junto a los polos incrustados en la masa cerebral, dos curiosas cápsulas que lo explican todo.

»Esas cápsulas contienen, si no me equivoco, y ya están analizando los químicos lo que hay aún en ellas, una sustancia, del tipo de la inusita, pero quizá mil veces más activa.

—¿Qué es eso de la muestra? —inquirió Mickey.

—Un compuesto químico que actúa sobre el músculo, dándole la fuerza necesaria para cumplir su cometido. Al liberar esa sustancia de las cápsulas, siempre por medio de excitaciones electrónicas en el cerebro, la fuerza muscular se centuplicaba. Por eso esas mujeres eran capaces de estrangular a cualquiera como si se hubiese tratado de un niño recién nacido.

—Es curioso.

—Sí, Las mujeres eran atraídas al Instituto de Belleza, donde se las sometía al sueño mediante un hipnótico del tipo del pentotal. Entonces, el doctor practicaba velozmente los pequeñísimos orificios en el cráneo, introduciendo los polos y las cápsulas de inusita.

—¿No podían notar nada los pacientes?

—Nada. Los orificios no tienen más de un cuarto de milímetro de diámetro. Y, por lo que he podido comprobar, Freedman es un hacha.

—¿Y después?

—Cada sujeto poseía un tipo de conexión especial, que se controlaba con una determinada longitud de onda. Así, la mujer quedaba dispuesta a obedecer al doctor cuanto éste lo deseara.

—¿Establecía comunicación con ella?

—Parcialmente sólo. En realidad, las conexiones dejaban en libertad la iniciativa personal, ya que el doctor sólo podía ordenarles que matasen. Conociendo, por ejemplo, el horario de la vida de la pareja, sabía cuándo debía conectar con la mujer. Entonces, ésta estrangulaba a su esposo, cumpliendo la orden que recibía desde el «Star»!

—¡Es maquiavélico! —exclamó Mickey.

—Una vez realizada su misión, la mujer volvía a recobrar su personalidad normal, ya que Harold desconectaba el sistema. Por eso vimos llorar a las viudas de una forma que no escondía ningún disimulo. Su desesperación era real.

Donald sonrió.

—Ahora lo comprendo todo. El plan de Freedman era sencillamente formidable. Todos recuerdan aquí cómo llegó de la Tierra, con una ficha negra de advertencias y expulsado de un Instituto neurológico de la mayor importancia.

»Había perdido su prestigio y se encontraba en una situación difícil. Pero en vez de orientarse, remediando sus faltas, guardó un odio y un espíritu de venganza que no le abandonó jamás.

»Tenía dinero, el suficiente para montar un Instituto de Belleza que fue engrandeciendo a medida que le producía beneficios. Hombre culto, un verdadero sabio en cuestión de hormonas, era capaz de convertir en una diosa a una mujer vulgar. Debió ganar mucho dinero, mientras esperaba la ocasión de poner en marcha su plan.

»Cuando concluyó su aparato, su sed de venganza estaba ya en camino de saciarse. Debió empezar con Carol, a modo de prueba, y quizá algún desdichado desaparecido haya sido el cobaya en el que

probó la fuerza de la muchacha.

»Ya lo tenía todo dispuesto.

—¿No hubiese hecho mejor de seguir con el «Star»?

—Hubiese sido lo cuerdo, pero Freedman no lo está. Prefirió dar curso libre a sus ambiciones y empezó con el caso Fonderson.

—¿Preparaba las mujeres?

—No, Eran ellas las que iban al Instituto, atraídas por algo que complace a toda mujer: el engrandecimiento de su belleza, o quizá, como en el caso de Kathy, enviaba a Carol para convencerla. ¿Qué mujer, viendo a Carol, con su extraordinaria belleza, era capaz de resistir? Ni la misma Kathy, advertida por mí, lo logró.

—Una vez en el «Star», lo demás era sencillísimo. Pero había que convencer a las pacientes de que sus esposos contrataran la célebre póliza A-Especial.

—¿Cómo lo lograba?

—Por simple hipnosis. Era ésta la parte más sencilla de su plan. Por su parte, los maridos, ganados por la hermosura de las mujeres que el destino les había puesto en su camino, no olviden que todos ellos eran hombres mayores, obedecían a éstas.

—¿Y el dinero de la póliza?

—Ésa era la segunda parte. Controladas por él, Harold no tenía más que esperar el momento preciso para sacarles todo el dinero que desease. Era como si tuviese una serie de gigantescas cuentas corrientes, mucho más seguras que en el Banco.

—¡Es formidable! —exclamó el doctor.

Y después de una pausa preguntó:

—¿Cómo consiguió sospechar la verdad?

—Nunca la sospeché, ya que era completamente imposible.

—¡Pero usted montó el escenario de su matrimonio!

—Es verdad, pero eso se lo debo a un hombre inteligentísimo.

—¿A quién?

—A Harry Morrison.

—¿Eh? —Los ojos del médico se dilataron por el sincero asombro que sentía—. ¿Morrison? ¡Pero si nadie le ha vuelto a ver!

Donald sonrió.

—No sólo sabía Freedman montar un Instituto de Belleza. También nosotros sabemos hacerlo. Yo estaba de viaje cuando recibí dos informes: uno de Smiler y otro, mucho más interesante, de Morrison. En

seguida me di cuenta de que Harry había visto las cosas desde un punto de vista más lógico. Fue su comunicado lo que me hizo cambiar de parecer y quedarme en Deimos. Le envié un mensaje cifrado a su propio domicilio y él, siguiendo mis instrucciones, desapareció... convirtiéndose en Law Simon, un detective privado que iba a proteger a Kathy.

—¡Simon es Morrison!

—El mismo. Junto con las instrucciones, le envié unas fórmulas para que modificase su apariencia física... como yo lo hice, La SIP cuenta con medios poderosos.

—Lo comprendo.

—Por desgracia, al desaparecer Morrison, perdió de vista a Alan que, también convencido de que su amigo estaba en el buen camino, intentó resolver el asunto a su modo.

»Freedman debía sospechar algo y. Por medió de la viuda de Fonderson, hizo que la mujer de Norton fuese al «Star», convirtiéndola en una nueva esclava. Y así fue como Helen, sin saberlo, mató a su propio esposo.

—¡Es horrible!

—No se limitó a eso. Bajo el control del diabólico doctor, fue ella, en un coche especial, la que precipitó en un abismo de la carretera al inspector Dongt y a los policías que le acompañaban.

—¡Qué barbaridad!

—Entretanto, Kathy había llegado a Marte y tampoco supo resistir el canto de sirena que Carol declamó con su fulgurante belleza. Kathy sospechaba del pelirrojo, pero no se le ocurrió pensar en que yo la había utilizado como cebo y que me convenía que fuese al Instituto de Belleza.

—Pero corrió usted un gran peligro —dijo el doctor.

—Era necesario. De todas formas, Harry estaba siempre sobre aviso, dispuesto a ayudarme y lo hizo, interviniendo en el momento preciso, cuando Kathy estaba dispuesta a estrangularme.

—¡Vaya suerte!

—Sí. La tuvimos al comprender, desde el principio, que sólo las mujeres podían ser las culpables, en cierto modo, de los asesinatos. No había huellas de nadie, y el truco de Freedman, al asegurar que sólo un hombre de fuerza hercúlea podía ser el asesino, no hizo más que desorientar a la policía.

—Lo comprendo.

—Por otra parte, yo envié a Semper para que frenase el impulso de la Brigada, desorientándola en lo posible para evitarle disgustos. Harold sabía todo lo que la policía se proponía, ya que formaba parte de ella.

—Ahora —dijo, sonriendo—, voy a encender mi habano de costumbre, que es como un calumet de la Victoria,

Epílogo



La agua de la palangana adquirió un color rojizo, y Harry, cuando se miró en el espejo, sonrió al comprobar que sus cabellos volvían a ser tan negros como antes.

También desaparecieron las alteraciones de su rostro que las inyecciones subcutáneas aconsejadas por Callowan habían provocado, alterando por completo su fisionomía.

¡Volvía a ser el de antes!

Se vistió, silbando una vieja canción de su tierra; luego, tras echar una nueva ojeada al espejo, abandonó la casa, subiendo al coche que había dejado ante la puerta.

Diez minutos más tarde paró ante el hospital.

Conducido por una enfermera, no tardó en detenerse ante la habitación 444, que ya conocía de memoria, así como a su ocupante.

Al entrar, Kathy, que estaba acostada y con un vendaje en la cabeza, el médico le había extraído los polos fatídicos, miró al recién llegado, sin comprender.

—¡Hola! —dijo él.

—¿Quién es usted?— inquirió la joven.

—¿Cómo? ¿Ya no me conoce? Es verdad que mis cabellos no son rojos y...

—¡Morrison!

Él le había dicho la verdad, incluso su verdadero nombre, pero ella no esperaba una transformación tan completa.

—¡Parece increíble!

—¡Pues es verdad! —exclamó él.

Se acercó, tomando asiento, como de costumbre, junto a la cabecera de la cama.

—¿Cómo va esa cabecita, Kathy?

—Estoy mucho mejor, aunque me duele aún un poco.

—Eso pasará en seguida. ¿Ha visto a Callowan?

—Vino ayer a despedirse. Debe estar camino de la Tierra.

Él se mordió los labios.

—Ya lo sé.

—¿A qué viene ese fruncimiento de entrecejo, Harry?

—Es que estuve hablando con él. Me invitó a ir a Washington para ingresar en la Spacial International Police.

—¿Y qué dijiste?

Fue ahora él, al oír que ella le tuteaba, quien abrió los ojos desmesuradamente.

Durante unos segundos no dijo nada.

Después:

—Le dije que prefería seguir en la Brigada. ¿Qué te parece?

—No está mal.

Un nuevo silencio.

—¿Y qué vas a hacer tú? —inquirió él, con la voz velada por la emoción.

Ella entornó los ojos.

—No lo sé. Desde luego, ya le he dicho a Callowan que no cuente más conmigo. Ha sido una lección muy dura y empiezo a fatigarme de ir de un lado para otro.

—¿Vas a quedarte aquí?

—Eso depende.

—¿De qué?

—No lo sé aún, Harry. Pero antes dime una cosa. ¿Por qué no entraste en la SIP, si lo habías deseado siempre?

—Muy sencillo: por el artículo 33.

—No lo recuerdo...

—¿De veras? Dice así: Todo miembro de la SIP, debido a los peligros a que puede estar expuesto, debe abstenerse de contraer matrimonio. ¿No es así?

—Sí, Harry. ¿Y no hay ningún artículo parecido en la Brigada?

—No, cariño. En la Brigada se puede ser un honrado policía y, al mismo tiempo, un padre de familia.

—¡Qué manera de correr, Dios mío! ¿Has olvidado que soy una mujer casada?

—¿Eh?

—¡Claro! Tendremos que esperar a que Callowan se digne concederme el divorcio.

—¡No digas tonterías! Callowan no faltaría por nada al artículo 33. Además, Kathy, ya sabes que aquella ceremonia fue completamente falsa.

—¿De verdad?

—¿Es que quieres hacerme sufrir?

—Perdona, cariño...

—Está bien. Te prohíbo que vuelvas a hablar más de ese falso matrimonio. Y además, voy a prohibirte otra cosa... ¡terminantemente!

—¿El qué?

—Nunca, ¿me entiendes bien? ¡Nunca irás a un Instituto de Belleza! Eres lo suficientemente hermosa como para haberme vuelto loco. Y, por otra parte, no quiero morir estrangulado por mi mujer. ¿Entendido?

Ella le atrajo hacia sí, rodeándole el cuello con los brazos.

Y —¡palabra!— por un instante, Morrison no pudo evitar un escalofrío de miedo. Hasta que los labios de la muchacha le convencieron de que aquello no era, en modo alguno, una orden de Freedman, sino un mandato del corazón de Kathy, que ya le pertenecía para siempre.

